



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

CON CENSURA Y APROBACIÓN ECLESIASTICA

Se publica los días 1 y 15 de cada mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACION: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, n.º 5, Barcelona

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

En España é islas adyacentes, Portugal, Cuba y Puerto-Rico.. 14 ptas. al año.
 En los demás puntos de América, y las islas Filipinas y el Extranjero.. 20 id. id.

Advertencia.—Los señores Corresponsales fijarán los precios en los puntos donde el cambio sobre Europa haya sufrido notable alteración.

ADVERTENCIAS

No se admiten suscripciones por menos de un semestre en España y Portugal y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando por Enero ó por Julio.
 No se atenderá suscripción alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo sencillo y seguro.
 Los números sueltos se venden á 75 centimos.
 Se insertarán anuncios á 25 céntimos la línea.

SUMARIO

TEXTO

CORRESPONDENCIA.—*Fernando Poo*: El matrimonio entre los bubís.

Orizaba: De Barcelona á Orizaba.—Supersticiones de los indios.—El viernes de los Dolores.

Kiang-Si Septentrional: Necesidades de la Misión del P. Bray.—Progresos de la fe.—El Seminario de Ou-Tcheng.

Kouang-Tong: Situación general China.—Pérdidas enormes causadas por dos tifones.

LOS PADRES MISIONEROS DE FILIPINAS (continuación).

RECUERDOS DEL CATHOLICISMO EN EL TONKÍN.—III, Real protección.—Nuevas hostilidades.—Sociedad de Misiones Extranjeras en el Tonkín.—M. Deydier.

EN SYDNEY.—VI, Sydney, centro de apostolado para toda la Oceanía (continuación).—VII, Porvenir del Catholicismo en Australia.—Un sacerdocio indígena.

EN LOS RÍOS DE MONDA.—IV, Excursiones y bautismos.—V, Un entretacto.—Mendé.

UN MISIONERO.

BOSQUEJO HISTÓRICO DE LAS MISIONES FRANCISCANAS EN

LA PROVINCIA DE SANTA FE.—XII, Confirmaciones.—XIII, Autoridad de los Padres misioneros.

CRÓNICA.—Roma.—Filipinas.—Mesopotamia.—Kiang-Si.—Nueva Zelanda.

VARIEDADES.—La casualidad y la imagen de la Inmaculada.

NECROLOGÍA.

SUBSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.

CUBIERTA.—Lea, ó la cruz triunfante (*continuación*).

GRABADOS

R. P. MAZEL, de las Misiones Extranjeras.

AUSTRALIA.—Vista de Botany-Bay, en Sydney.

MENDÉ.—En el río.—Breve descanso.
 — Tres indígenas recién bautizados.

LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA.

EL BLOQUEO DE MANILA.—ASPECTO DEL RÍO PASIG.

GRUPO DE CAMPESINOS CUBANOS.

UNA FAMILIA CUBANA.

LEA

O LA CRUZ TRIUNFANTE

por MATILDE BOURDON

(Continuación)

Valerio entonces extendió los brazos en el vacío. Su nieta corrió á sostenerle. Un débil carmin cubrió su rostro, tan pálido un momento antes; quiso hablar... sus labios balbucearon algunos sonidos inarticulados, y apoyándose en el hombro de Lea, se inclinó, aderezóse un poco, y cayó sin conocimiento. Una hora después aún no había recobrado sus sentidos; su corazón latía apenas bajo la mano del médico: Lea, de rodillas y anegada en llanto, aguardaba una señal de existencia, una palabra, un gesto; y espantada por aquella inmovilidad, semejante poco menos que á la del sepulcro, dijo en fin al médico:

—¿Hay esperanza?

El médico, meneando la cabeza, respondió:

—Los socorros no han producido efecto; la vena no ha fluido sangre... probaré algun otro recurso... pero confío poco, pues una fuerte conmoción le ha trastornado el cerebro.

Los perfumes y una sangría reanimaron una chispa de vida en aquel cuerpo inerte. Valerio abrió los ojos, y echó en torno suyo una mirada vaga. Lea le besó la mano y se anunció dulcemente, pero él pareció no oírla: lo que en él restaba de inteligencia, de sentimiento, de voluntad, no obraba sino bajo una última impresión, bajo una emoción suprema que vibraban todavía en medio de los órganos moribundos; desapareció de su memoria todo otro recuerdo, y con voz trémula y con tono de exasperación dijo:

—¡Los cristianos victoriosos!... ¿y los edictos de los Emperadores?... Todos han perseguido la secta impura; todos, Trajano, Marco, Aurelio, el más dulce, el más clemente de los hombres, han tenido horror al nombre cristiano!... ¡Los cristianos á los leones!...

Interrumpióse, y miró adelante con una expresión tal que parecia dar á aquel rostro agonizante el aspecto de una máscara trágica:

—¡Tú también! ¡tú también!... ¡Con que tú eres de los suyos!... ¡Pues bien! ¡muere como ellos! ¡los cristianos á las fieras!

—Padre mío, exclamó Lea, calmaos, no soy cristiana, soy vuestra hija, vuestra Lea, vuestra obediente Lea...

—¡Dioses infernales, diosas de cabellos de víboras, perros ladrones, yo os entrego los cristianos! ¡No haya piedad para los sectarios del Cristo!

Estremeciéndose á estas palabras, y con voz apagada dijo, haciendo con las manos un débil gesto:

—¿Por qué me muestras tus miembros ensangrentados? Y tú, mujer, ¿por qué me miras desde el fondo de las llamas?... ¡Confesar á Jesús! ¡yo! ¡jamás! ¡los cristianos á las!...

No pudo concluir, y cayó sin vida sobre el lecho. Despuntaba la aurora, y voces armoniosas y fuertes rompieron de nuevo el aire: eran los cristianos que cantaban el himno triunfal sobre la caída de Babilonia, y los transportes de su alegría se manifestaban en sus acentos elevados.

«El Señor ha roto el cetro de los impíos y la vara de los crueles dominadores.

«Ha derribado al que hería á los pueblos en su furor, al que los hería sin descanso, al que perseguía las naciones en su cólera.

«Ahora toda la tierra está en reposo y en paz, y lanza gritos de alegría.

«Los abetos y cedros del Líbano se burlan de tí. Duermes, han dicho; ¿quién subirá ahora para abatirnos? Tu orgullo ha caído en el infierno; bajo tu cadáver bullen los insectos inmundos; los gusanos son tu verdadura (1)!»

Las voces se alejaron; el frío cadáver quedó en su lecho, y los esclavos se llevaron á Lea deshecha en llanto.

Pasados tres días, los funerales de Aulo Valerio fueron celebrados con toda la pompa del Paganismo. El cuerpo, envuelto en aromas, fué quemado en una hoguera fuera del recinto de Roma, y las cenizas, recogidas en una urna, fueron conducidas al sepulcro de sus abuelos. Un numeroso cortejo acompañaba aquellos restos; los parientes, los amigos, los clientes, los

(1) Isaias, cap. xiv.

CORRESPONDENCIA

FERNANDO POO

El matrimonio entre los bubis

El P. Joaquín Juanola, C. M. F., escribe al *Iris de Paz* la siguiente correspondencia:

ENTRE los indígenas de esta isla la palabra *matrimonio*, propiamente hablando, no es más que la venta que el padre hace de su hija á un hombre que la pide por esposa, mediante el precio que se estipula. Para este contrato no se consulta nunca ni á la edad ó aptitud, ni al gusto ó voluntad de la niña; de modo que aquí no se conocen los espousales ni hay mutua entrega entre los dos contrayentes; el único ministro de todo es el padre, y en su defecto el mayor de sus hijos varones.

La mujer es de ordinario vendida á vilísimo precio, y es común hacerlo ya desde sus más tiernos años, y aun antes de salir del seno materno, supuesto que sea niña el fruto del mal llamado matrimonio. Por regla general suele el comprador dar por cada niña una ó varias cabras, algún arma ú otros utensilios, y en su defecto cierta cantidad en dinero bubí. Otros se obligan á pagar todos los años una contribución en frutos de la tierra, ó bien se sujetan á una especie de servidumbre, trabajando por el padre de la niña.

El que sea la mujer tan vilmente tratada parte del principio general entre los pueblos salvajes de que la hija no es considerada como dueña de sí misma, ó sea *libre*, como lo es el hijo varón, sino que nace sujeta á la esclavitud.

La única ceremonia que acompaña á este acto es celebrar una gran comida en honor de los nuevos desposados, celebrándose otra, todavía más solemne, el día en que sale al mundo el primer fruto de aquel enlace.

He aquí algunos principios ó leyes que los bubis observan respecto del particular:

1.^a Está vedado el casarse entre hermanos, primos y primos segundos.

Año VI.—Número 136

2.^a Los hijos é hijas pertenecen al padre, nunca á la madre, puesto que la condición de ésta es ser esclava.

3.^a La madre en ningún caso podrá vender sus hijas, sino que, muriendo el padre, este derecho compete al primer hijo varón.

4.^a En cuanto á heredar por muerte del padre, no constando la voluntad de éste, heredan los hijos varones por orden de edad, quedando excluidas las hijas. Puede, con todo, el jefe de la familia nombrar heredero á cualquiera de sus hijos, aunque no sean varones.

5.^a Cuando se trata de heredar la dignidad real, no rigen las mismas leyes. Así, pues, al morir un *muchuku* (rey), no entrarán á heredar el título los hijos, aunque varones, sino que el mando pasará al más viejo de los hermanos del difunto, y en defecto de éstos, á los hijos

de alguna hermana, la cual podrá ser *regente* durante la menor edad del niño, ó si no tuviera aún hijo varón, mientras dure la esperanza de tenerlo.

6.^a Los hijos varones son libres y exentos de la patria potestad en llegando al uso de razón.

ORIZABA (Méjico)

De Barcelona á Orizaba.—Supersticiones de los indios.—El viernes de los Dolores.

El R. P. A. Aragón Fernández, escribe desde Orizaba la siguiente relación de sus primeros trabajos apostólicos.

POR las numerosas ocupaciones propias del ministerio, no he podido antes reseñar, siquiera someramente, nuestro largo viaje. Desde nuestra salida de Barcelona, el día 5 de Febrero, hasta llegar á Cádiz, sufrimos un incesante y pavoroso oleaje:

el resto de nuestro largo viaje fué delicioso, pero no pude gozar de tan feliz navegación, por haber caído enfermo de alguna gravedad uno de nuestros misioneros. Una vez en la Habana, dejamos el vapor *Montevideo*, y en el *Santo Domingo* llegamos hasta Veracruz. Seguimos en ferrocarril á Orizaba, y desde allí partimos dos días después para Malhata, donde dimos la primera Misión. Desde Malhata fuimos á Nogales y después á Aculsingo. Es imposible describir la hermosura de estos montes, que se pierden en las nubes; abismos profundísimos, precipicios que hielan la sangre en las venas, despeñaderos que horripilan, selvas y bosques de eterno verdor.

El mayor trabajo que tiene aquí el Cura en el des-

15 de Agosto de 1898



R. P. MAZEL, de las Misiones Extranjeras de París, misionero del Kouang-si (China), muerto en La-ly el 1.º de Abril de 1897

empeño de su ministerio parroquial es el confesonario. En este ministerio he experimentado cuán temible es aquel lastimero *Vae soli!* «¡Ay del que está solo!» de Salomón. Debido á la escasez de operarios evangélicos, los pueblos ó rancherías se han acostumbrado á confesarse de Misión á Misión: aquí no hay preceptos ni obligaciones no viendo á los misioneros. Ocho días hemos estado sentados día y noche en el confesonario, sin dormir más que unas tres horas.

Cuando terminemos de predicar la Cuaresma y la Semana Santa en Orizaba, misionaremos en Jalapilla, Jilapa, San Juan del Río y en algunas haciendas y rancherías.

Tenemos el gran consuelo de haber purificado muchas conciencias.

Con mucha lástima he visto durante mis viajes á los pobres y fervorosos indios, quienes por su pobreza no pueden vivir en los poblados, habitar los montes: allí levantan con cuatro palos su mísera vivienda, en cuyo fondo forman su lecho con hojas de plátano, que es el alimento de estas gentes.

Aquí hay mucha superstición y mucha idolatría. Hace pocos días que, cediendo gustoso á las indicaciones del señor Obispo, me fuí á Coetzala, donde había de predicar, oír confesiones y decir Misa. Me recibieron con toda clase de agasajos; les prediqué sobre el Evangelio del Buen Pastor, y quedé encantado de la atención y respeto con que me escucharon. Durante la Santa Misa llamó poderosamente mi atención un suceso que á otro más impresionable le hubiera producido gran efecto: el crucifijo del altar donde yo celebraba se movía con tanta frecuencia que, no obstante mis firmes propósitos, no pude menos de distraerme repetidas veces.

Concluido el Santo Sacrificio, pregunté al indio que hacía de sacristán la causa del movimiento del santo Cristo, y como se mostrara reacio y misterioso en su sonrisa y respuesta, insistí, haciéndole que me acompañase hasta el altar, de donde le hice coger la cruz con su gran peana y llevarla á la sacristía.

El indio temblaba cual un creyente que en sus impuras manos tomara la Sagrada Forma; procuré serenarle, cerré las puertas, y movido de curiosidad indecible, más con amenazas que con súplicas hice que me explicara los movimientos del Crucifijo y su turbación.

—Señor, me dijo, *si tú lo mandas abrir el piese-cito de la cruz, pero el dios nos castigará con aguas.*

—¡Abre! contesté ya sin calma.

Sacó un grueso gancho que cerraba la peana en forma de caja, y un enorme sapo saltó al suelo al tiempo en que el indio me decía:

—*Papaito, este es el dios del agua.*

Quedé aterrizado; obligué al *creyente* á que mata- ra á tan asqueroso reptil, y por la tarde les prediqué sobre la existencia de Dios uno, demostrándoles que á El solo debemos adorar.

Este hecho da verdaderamente tristeza, y más si consideramos que estos infelices están á seis horas de Orizaba, ciudad culta y de cuarenta mil almas.

La ventaja que ofrecen estas Misiones es la docilidad de los indios, pero mucho me temo que, no teniendo sacerdotes que les prediquen con frecuencia, vuelvan á su idolatría y repugnantes creencias.

De otra calaña muy distinta son los indios que habitan las cercanías de Méjico; pues más que dados á la superstición lo son á la camorra. Al visitar hace ocho días la capital de esta República, fuí en una pequeña canoa á Santa Anita, atravesando el canal nauseabundo de la Viga. Este paseo acuático lo hacen ya los indios desde hace muchos días, siguiendo la costumbre de años anteriores. Las *pulquerías volantes* que se establecen á lo largo del canal hacen su agosto, y proveyendo de licor nacional á los transeuntes, éstos se hartan del líquido, ya para *regar* las picantes fritangas que por doquier se venden, ya para apagar la sed, ó lo que es más general, para satisfacer un vicio que es beber por beber.

Una vez llenos de pulque hasta reventar, se provocan, riñen y se matan.

A esto llaman divertirse los sucios y harapientos *pe-lados*. ¡Libre Dios á los extranjeros que quieran *pro-bar á lo que sabe el color local* de las fiestas populares, de aventurarse por Santa Anita en estos días!

Estos paseos homicidas y acuáticos duran hasta el viernes de Dolores.

En este día consagrado á conmemorar los padecimientos de la Virgen Madre, una arraigada costumbre nada piadosa, da lugar á que se haga en los bordes del canal de la Viga una concurridísima fiesta con pretexto de ir á proveerse de las flores que deberán servir para adornar las imágenes y altares dedicados á la Madre Dolorosa.

Este es el pretexto; la realidad es que van para oír música, charlar, exhibir trajes y regalarse flores. La parte más baja de la concurrencia se embarca en las canoas, bebe, come, canta, baila y se ciñe coronas de amapolas, de igual manera que los paganos de otras edades cuando iban á celebrar sus saturnales.

Mucho más tarde, casi todo aquel numeroso concurso, hartado ya de sol y de fiesta, en coches ó á pie, se dirige al lejano templo de la Soledad, donde se presenta fatigado para orar un poco á la Virgen patrona de aquella iglesia.

Por la noche al *Pésame* para orar otro poco y... he aquí celebrado *dignamente* el día en que la Iglesia gime con sus salmos impregnados de lágrimas los tormentos que padeció la Corredentora de los hombres.

En muchos países, por desgracia, pero en éste de un modo especial, se mezcla lo santo con lo profano.

KIANG-SI SEPTENTRIONAL (China)

Necesidades de la Misión del P. Bray.—Progresos de la fe.—El Seminario de Ou-Tcheng

Gustosos publicamos la siguiente carta del P. Potel, lazarista, misionero de Ou-Tcheng, pues ella dará á conocer á nuestros lectores las importantes obras que realiza el joven y celoso misionero.

CUANDO, han pasado ya siete años, llegué á este vicariato, distaba muchísimo de proporcionarnos los consuelos con que hoy nos regala. Nan-Tchang, la capital de la provincia, nos cerraba sus puertas, y ni en sus arrabales podíamos establecernos. Nos hallábamos reducidos á dos únicas residencias: Kiou-Kiang, á

orillas del río Bleu, y andando cuatro jornadas hacia el interior la de San-Kiao, pueblo que se extiende al pie de pequeñas colinas á dos ó tres leguas de Choui-tcheou-fou. Actualmente una residencia, un colegio para niños y un catecumenado para hombres, levántanse en los suburbios de la capital, contando para el servicio de los mismos dos misioneros europeos y un sacerdote indígena. Si no estamos ya establecidos en el recinto mismo de la ciudad, es porque la falta de recursos nos lo impide. Las obras ya fundadas van siguiendo su progresiva marcha; el número de los cristianos aumenta rápidamente; pero desgraciadamente hace ya largo tiempo que los misioneros no pueden atender á sus múltiples tareas.

¿Me preguntaréis cuáles son las causas de tan consolador movimiento? 1.^a la persecución del mes de Junio del año 1891; 2.^a la guerra chino-japonesa, en la cual el orgullo de los hijos del Celeste Imperio fué tan rudamente humillado; y 3.^a la intervención de Francia á favor de la China derrotada.

Carecemos de una obra de excepcional importancia. Dividido en dos el antiguo vicariato de Kiang-Si Septentrional: Kian-Si Oriental y Kiang-Si Septentrional, este último, de cuya Misión estoy encargado, conservó su antiguo nombre, pero perdió con la división la mitad del territorio y de los habitantes, las tres quintas partes aproximadamente de sus cristianos, varias de sus obras y el Seminario... El Seminario correspondió al nuevo vicariato del Kiang-Si Oriental, á su joven y animoso obispo el Ilmo. Vic.

Acababa de llegar, y fuí encargado entre otras cosas de la dirección del colegio de Choui-tcheou-fou. El fin á cuya consecución dirigí todos mis esfuerzos fué reunir algunos niños aprovechados, prepararlos para el estudio de los primeros elementos del latín, y luego formar con ellos el principio ó la base de nuestro futuro Seminario. Dios bendijo mis esfuerzos: este principio de Seminario, inaugurado en San-Kiao con cinco alumnos, el domingo tercero después de Pascua en el año 1896, se ha trasladado hace ocho meses, siendo diez el número de sus alumnos, á nuestra pobre residencia china de Ou-cheng, importante centro comercial situado á la entrada del lago Po-yang.

—¡A vos, querido hermano, me dijo el Vicario apóstólico al momento de despedirnos, á vos os corresponde buscaros como salir de apuros!... Animo, pues, los principios serán dificultosos, y no será poco lo que deberéis sufrir.

—Este es el programa de los comienzos de toda obra, le contesté; gustoso lo acepto, Dios me ayudará.

Ou-tcheng, que en otro tiempo llegó á contar doscientos cristianos, á mi llegada reuniría á lo más unos setenta... Pequeña y desmantelada casa, expuesta á las inclemencias del tiempo, constituye la residencia: los cristianos oyen Misa en una pequeña iglesia, que sería admisible si cuarteada por completo no amenazara ruina.

Sin sacerdote que de ella cuidara, esta cristiandad, según todas las noticias, ha ido disminuyendo hasta llegar al actual estado de completa decadencia. Si un

sacerdote europeo hubiera continuado dirigiéndola, contaría hoy más de mil cristianos.

Los trabajos que debí y en parte debo aún realizar son los siguientes: 1.^o restaurar y engrandecer el edificio espiritual: hace ya algunos meses en los cuales el número de conversiones ha sido muy crecido; 2.^o edificar un Seminario; comprar tierras; substituir la actual iglesia ruinosa é insuficiente por otra que pueda contener un número más crecido de fieles; á su lado construir un pequeño hospital á cargo de las Hermanas de la Caridad, que á la par que curarían las llagas del cuerpo, nos ayudarían á curar las del alma.

Esta segunda parte de mi programa es la que debo aún realizar, y para conseguirlo no cuento con cosa alguna más que mi absoluta confianza en Dios. ¡De mi pobre Misión ningún recurso espero!...

«Actualmente, me escribe mi muy amado Provicario, me es absolutamente imposible hacer nada á vuestro favor; procurad vivir con lo que os resta hasta el próximo Agosto.» Lo cual es lo mismo que decirme: «Procurad vivir sin comer,» pues dentro dos semanas careceré de todo...

El porvenir de esta Misión está en gran parte pendiente del buen éxito que el antedicho Seminario tenga. Para la consecución de este fin precisa primeramente colocar á mis seminaristas en lugar á propósito, donde su vocación no encuentre peligros y donde pueda admitir á los muchos otros que lo tienen pedido, y á los que me ha sido preciso rehusar. Además, para llenar cumplidamente las necesidades de esta cristiandad cuajada de santas esperanzas, faltanme una iglesia, escuelas y un hospital. ¡Cuántos recursos se necesitan para todo lo esto! Pero como he dicho anteriormente, tengo puesta toda mi confianza en Dios, á cuya gloria dirijo mis trabajos todos, y para el aumento de la cual no rehuso sacrificio alguno, y en la poderosa intercesión del patriarca San José, que durante su vida mortal cuidó de proporcionar alimento á la Sagrada Familia.

KOUANG-TONG (China)

Situación general de la China.—Pérdidas enormes causadas por dos tifones

Hemos recibido la siguiente carta fechada en Cantón y escrita por el Ilmo. Chausse, prefecto apostólico de Kouang-Tong, cuya actualidad é importancia creemos inútil encarecer. El respetable Obispo que la firma cuenta 36 años de residencia en la China, y durante este largo período ha adquirido conocimiento profundo de las gentes y cosas del Celeste Imperio, lo cual da especial importancia á sus juicios sobre los graves acontecimientos que se desarrollan en el Extremo Oriente.

I

ALGUNOS meses van transcurridos, durante los cuales sucediéndose los acontecimientos con vertiginosa rapidez, dieron por resultado, gracias á la iniciativa tomada en Chan-tong por el emperador Guillermo, el desmembramiento ó mejor reparto del colosal imperio chino. El asesinato de los misioneros bávaros

proporciónle excelente pretexto para intervenir en el Extremo Oriente, y el mundo entero aplaudió la actitud enérgica y decidida de los alemanes. Ellos han sabido hallar la manera de corregir á los chinos, castigar su orgullo y prevenir nuevos asesinatos... Han dado una lección á otras potencias que dejaron asesinar sus misioneros sin exigir la debida indemnización...

Poco tiempo fué menester para que estas ideas, que podríamos llamar generales, fuesen substituidas por otras cuyo resultado inició la campaña preparatoria del reparto de la China. Durante dos meses, los periódicos esforzaronse en fijar las partes. China, inerte cual ciervo muerto, á quien un grupo de afortunados cazadores apréstanse á despedazar, ni aun á respirar se atreve. Ella misma está plenamente convencida de su muerte.

Los rusos, muy atareados en Corea, y sorprendidos por el ataque de los alemanes, acababan de dar el segundo golpe de audacia, protegiendo con sus acorazados el célebre Port-Artur; cuando presentóse Inglaterra, apoyada en las espaldas del Japón, y á su vista el viejo cadáver sacúdense y parece empieza á revivir.

Inglaterra no viene para repartir la China. Posible sería que intentara apropiársela por completo, como algunos opinan; pero á mí paréceme gran bocado, difícil de tragar y aún más difícil de digerir. Siempre y cuando esta nación pone en el telar su madeja, sus manos enredan cuanto poco antes presentábase con toda claridad; esto ha sucedido en el asunto que me ocupa. Actualmente el reparto parece más lejano que nunca. Rusia, que había absorbido la Corea, ha retrocedido un paso al encontrarse frente John Bull.

Francia pretende la gran isla de Hainan y sus alrededores. Dos meses van ya transcurridos desde que buques franceses anclaron en aguas de dicha isla, con orden de izar el pabellón tricolor en cuanto vieran aparecer en el horizonte el humo de algún buque de guerra. El *Surprise* permaneció más de treinta días en la bahía de Kwang-Tchao, frente la ciudad de Loui-Tchiou. Sus oficiales visitaron al prefecto y al coronel de la localidad, siendo muy bien recibidos. Nuestros misioneros, que sirvieron de intérpretes, disfrutaron de un momento de gloria, y el pueblo no hizo ruidosas manifestaciones de hostilidad: limitábase á decir:

«Los franceses vienen á visitar el país que la China les ha dado en recompensa de los buenos servicios prestados contra los japoneses. Las cuatro prefecturas del Sud-Hai-nan, Loui-tchao, Ko-tchao y Lin-tchao les pertenecen.»

Hainan es una prefectura con once subprefecturas: es la región más pobre de toda la provincia, y tan despreciada por los mandarines, que llegan á renunciar muchas veces los cargos que obtienen en ella. El Sud es poco poblado, y sus tierras están incultas; sin embargo, es la única región de la China donde vive el cocotero. El centro, habitado por los salvajes *Lis*, es una vasta floresta impenetrable para el común de los mortales. Sólo los *Soys* conocen sus intrincados sende-

ros, y los chinos con quienes comercian y guardan amistosas relaciones, son los únicos á quienes permiten llegar hasta sus chozas. Dícese que existen minas de oro. En 1868 los europeos vinieron para explotarlás, siendo rechazados.

Ko-tchao es la segunda prefectura, siguiéndole en orden de importancia Lim-tchaw y Loui-tchaw. Encuéntrase en ellas algunas minas de carbón sin explotar, y estaño en muy escasa cantidad. El arroz, las patatas, la caña de azúcar y el alfónsigo son los principales productos vegetales. Las ananas crecen en gran número al Sud de Loui-tchaw. Cultivan el cáñamo en grandes plantaciones, y de un modo muy especial el junco, que utilizan para la fabricación de esteras y velas, siendo ésta una de las industrias más florecientes del centro de Lou-itchaw. Cultívase una variedad especial de juncos, con la cual fabrican mechas que se usan por toda la China.

Este es, descrito en breves palabras, el país que dentro breves días se anexionará Francia, consiguiendo con ello convertir el golfo de Tonkín en lago francés: es bajo este concepto que tiene excepcional importancia.

II

No es mi objeto ir enumerando las ventajas todas que reportará á la Francia la anexión de estas vastas regiones, que parece considera ya como suyas; lo que me impulsa á escribir esta carta es la aflictiva situación á que dos tifones han reducido á últimos de Octubre de 1897 la prefectura de Loui-tchaw.

La inundación cubrió por completo el puerto de Hoï-hao; las barcas, empujadas por furioso vendabal, penetraban por las inundadas calles, chocaban con las paredes de las casas, y al impulso de enormes olas, rompían las puertas y penetraban al interior de las tiendas. Los consulados todos quedaron destruidos; Mr. Kahn, al observar que el techo crugía bajo sus piés, arrojóse al agua, y á nado consiguió llegar hasta la aduana: el agua había invadido el piso bajo, y el frontispicio derrumbóse, cediendo á los fuertes golpes de las embarcaciones empujadas por viento aterrador. Al despuntar el día imposible es describir la horrorosa escena que se presentó ante nosotros: cadáveres, ruinas, embarcaciones, edificios cuarteados, todo rodeado y casi cubierto por inmensa sábana de lodo.

En Louit-tchaw el mar invadió los arrozales, que debían ser el alimento de la población. En una extensión de 7 leguas de largo por 3 de ancho, todo ha sido destruido por la enorme mole de agua que devastadora cayó sobre inmensos campos cubiertos de abundante cosecha. La miseria es horrible: el P. Zunmermann me escribe desconsoladoras cartas.

La isla de Wai-tchan, situada á poca distancia de Pak-hoï, y en la cual había una floreciente cristiandad, fué la que sufrió mayores pérdidas. Extensos arrozales cubrían los campos, el tiempo de la recolección se acercaba, y la cosecha sería abundantísima cuando el tifón pasó con soplo devastador por estas verdes llanuras; fuertes sacudimientos conmueven la tierra, los edificios tiemblan y se hunden. Las aguas del mar, impulsadas por el huracán, caen cual irresistible alud sobre los cam-

pos, destruyendo las cosechas todas: alfónsigo, patatas, cañas de azúcar, arroz y bananos. Cuando el sol del siguiente día iluminó estas colinas tan ricas la víspera, cubrían la tierra cual fúnebre manto, tallos arrancados y rotos, hojas marchitas sin vida...

Esperanzas quedaban aún de ver revivir algunas de las plantas que menos castigadas fueron, cuando un segundo tifón, siguiendo ruta igual á la del primero, destruyólas por completo. Todo estaba perdido, desde el último grano de arroz hasta el último tubérculo de cuantos cubriera la tierra. La perspectiva que en lontananza veían dibujarse los dos mil cristianos que en esta región contamos, era morir de hambre...

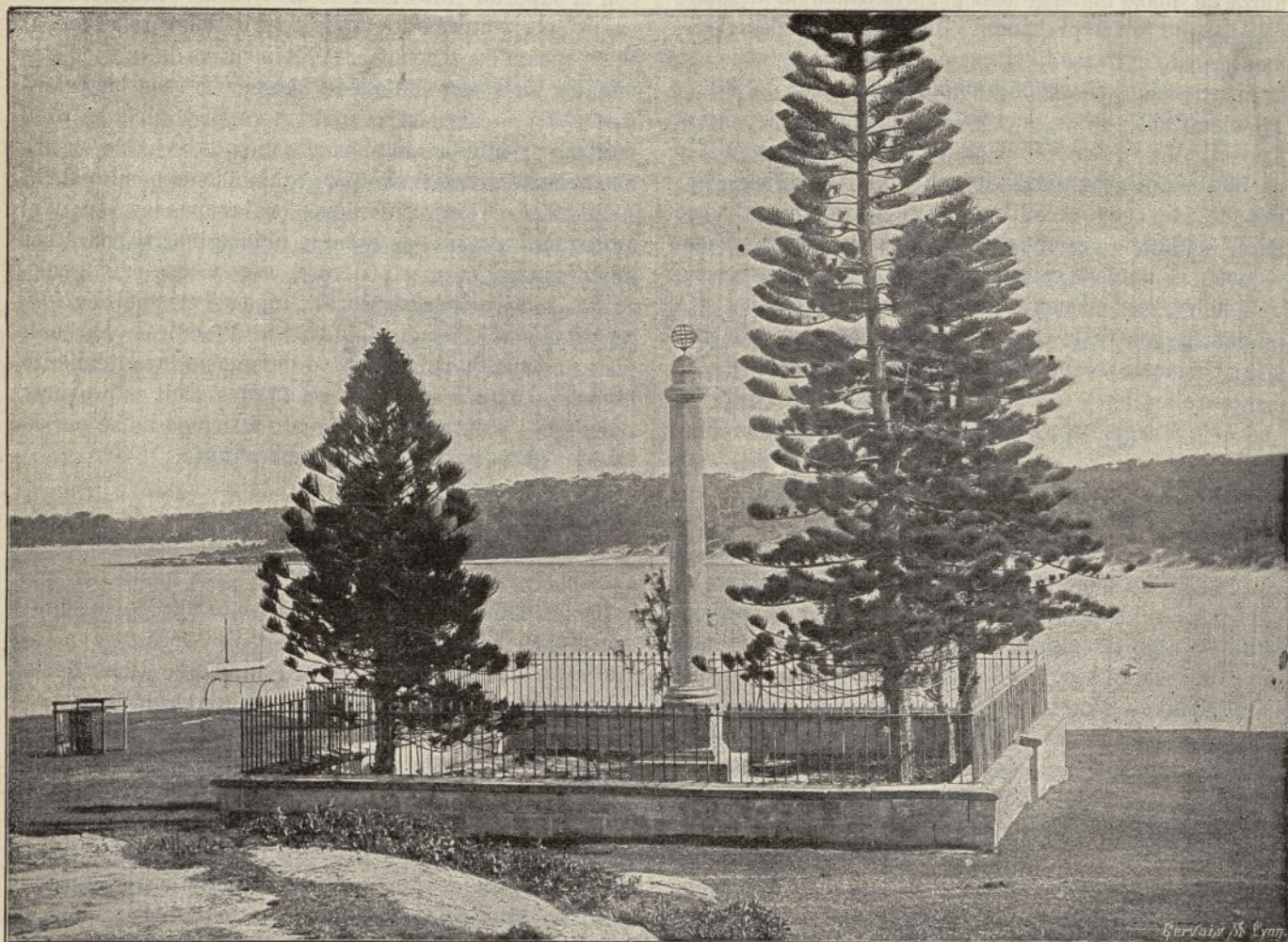
la compadecza? La caridad no hay duda que debe atender á múltiples deberes: pero ante miseria tan espantosa ¿no sabremos imitar la compasión de los infieles que generosamente socorren desde el día de su desgracia á estos infelices hambrientos?

LOS PADRES MISIONEROS DE FILIPINAS

(Continuación)

Consecuencias prácticas de eso.

DESAPARECIDA en parte, y en parte muy quebrantada la tradicional sumisión á la patria que las Corporaciones religiosas difundieron y arraigaron en el Archipiélago; desatendida, merced á la indicada propagan-



AUSTRALIA.—VISTA DE BOTANY-BAY, EN SYDNEY.—Monumento erigido en el lugar desde donde *La Peyrouse* envió por última vez noticias.—Sepulcro del primer sacerdote católico muerto en tierra australiana, el P. Receveur, que formaba parte de la expedición de *La Peyrouse*, (Pág. 370)

Dios se apiadó de sus hijos y les envió socorros. Francia entregó diez mil francos al cónsul de Hainan para remediar la miseria que reinaba en este país; yo envié mi óbolo á los cristianos, y los mandarines repartieron arroz. Muchos meses han de prolongarse los sufrimientos. ¡Cuán largo encontrarán el tiempo estos infelices hambrientos! ¡Sus pobres ahorros van desapareciendo cada día!... ¡Dios mío, venid en su auxilio! Grande es la prueba que pasa esta tierra: ¿las penalidades que le esperan no son suficientes para que todo buen corazón

da, la voz del párroco por muchos indígenas, principalmente de Manila y provincias limítrofes, á quienes de ese modo se enseñó á darse aires de ilustrados é independientes; en gran manera amortiguado el prestigio del nombre español, y casi anulado en muchos pueblos el antiguo respeto con que se miraba en las islas á todo peninsular, ¿qué de extrañar tiene que hayan surgido poderosos los instintos de raza, y que, considerando que tienen lengua, tierras y clima distintos, se hayan contado y hayan tratado de levantar un muro de separación entre

españoles y malayos? ¿No es lógico que, habiéndoles hecho creer que el Religioso no es el padre y pastor de sus almas, y su amigo y entusiasta defensor, sino un ruín explotador, y que el peninsular aquí no es más que un industrial constituido en mayor ó menor autoridad y posición, ellos hayan pensado loca é ilícitamente que bien pueden desligarse de España y aspirar á gobernarse á sí mismos?

Triste situación del Archipiélago y presagios de su porvenir

No insistiremos, excelentísimo señor, en este orden de consideraciones, porque se nos desgarran el alma, porque se nos parte el corazón al considerar cuán fácilmente pudieron ahorrarse tantos ríos de sangre, tan grandes dispendios y tan extraordinarios conflictos, que quizá en plazo no largo den por resultado la desaparición de la inmortal bandera de Castilla; cuán fácilmente pudo evitarse la situación militar originada por la insurrección, situación que amenaza hacer de Filipinas otro Cuba; y con cuán poco trabajo podía al presente continuar el Archipiélago en la misma tranquila y pacíficamente progresiva situación que tenía hace años, si pudiendo como se pudo, y no se quiso ó no se pensó hacer, se hubiera cerrado la puerta á los perturbadores, si jamás se hubiese consentido en el país la Masonería, y se hubiera eficazmente cohibido en sus principios toda tendencia contraria á los prestigios morales, poderosísimo vínculo social, inmensamente superior á todos los ejércitos y á todas las instituciones políticas, que unía á estos países con su amada y respetada Metrópoli.

¿La tristísima situación actual tiene remedio?

Algo difícil, y aun expuesto, es contestar á esa pregunta, porque si hace seis meses el *Katipunán* estaba relegado á los montes de la Laguna y Bulacan con los cabecillas allí refugiados, ó arrastraba una vida vergonzante en algunos pueblos que estaban en inteligencia con los insurrectos, hoy la plaga ha cundido; pues los indultados de Biac-na-bató, infringiendo la palabra dada al caballeroso y activo Marqués de Estella, obedientes á la consigna recibida, se han diseminado por las provincias centrales, y valiéndose de amenazas y de terribles castigos, que no tienen precedente en las páginas de la historia, ni aun de la novela, han conseguido atraer á sus filas á gran número de indios, incluso en pueblos que antes de la sumisión de Biac-na-bató, dieron elocuentes pruebas de fidelidad á la santa causa de la patria española. También en Capiz y en otros puntos de las Visayas han conseguido establecerse: y bien de actualidad son los movimientos de Zambales, de Pangasinan, de Ilocos, de Cebú, y los *katipunans* descubiertos en Manila.

Nos asusta el pensar qué podrá ser de un momento á otro de este hermoso país, porque desconocemos hasta dónde podrá llegar el fanatismo sectario explotando la sugestibilidad de esta raza, y su flaco cerebro con las hazañas que pregonan, por ellos llevados á cabo, sobre el ejército, cuyo aumento en la proporción que se necesitaría para establecer una completa situación militar, saben que es imposible; con la propalada exención de cédula y otros tributos; con la supuesta inmunidad de

los amuletos, llamados *anting-anting*; con la ilusión de que ya no mandarán sino indios, y de que ellos serán alcaldes y generales; con el recuerdo de que á los rebeldes de Cavite, Bulacán y otros puntos se les dió dinero y confianza; con las noticias que de Madrid y Hong-Kong les envían sus partidarios; con el ejemplo de bastantes peninsulares que no se percatan de mostrar su oposición á los Religiosos, para de esa manera lograr que éstos no sean escuchados de sus feligreses, y hasta se atreven á poner las manos en ellos; y con otros mil medios, en fin, largos de enumerar, pero terriblemente subversivos, y de enérgica influencia enloquecedora en estos pueblos malayos.

Asusta también el pensar cuáles serán los *secretos* de la revolución, que el señor letrado, nombrado árbitro por el titulado Gobierno de los insurrectos para arreglar con la superior Autoridad de las islas las condiciones de sumisión y entrega de armas, juró tener reservados, como consta en el documento justificativo de su apoderamiento. Esos *secretos* que al parecer no son las reformas político-eclesiásticas que ahora en Madrid se pretenden, puesto que de ellas claramente se habla en dicho documento otorgado por Aguinaldo en nombre de la Asamblea rebelde, ignoramos cuáles puedan ser; y el ánimo más valiente se espanta al imaginar si podrá ser una organización más poderosa, más vasta, más general y ejecutiva de la revolución, algo así como el *Katipunán* que ahora vemos rápidamente difundirse, y la cual, en un momento dado, llevará á efecto un levantamiento general, cuyos tristísimos resultados fácil es prever y difícilísimo evitar, si eficazmente á tiempo no se persigue y extirpa toda Sociedad laborantista.

Remedio de esa situación

Prescindiendo por lo tanto de esos peligros, que cada día ennegrecen más el horizonte filipino, y suponiendo, cual deseamos, que la paz sea un hecho en todas las islas, la situación del Archipiélago tiene remedio; y ése, claro es que consiste en alejar todas las causas que han producido tan honda perturbación, y con prudencia y justicia adoptar las medidas que, asegurando la paz, protejan y fomenten los legítimos intereses de estos habitantes. La gran masa del país no está maleada: padece un acceso de alucinación y fanatismo, producido por las predicaciones y prácticas sectarias; pero no tiene el corazón y la cabeza pervertidos, y asistiéndole con cuidado, volverá á sus antiguos hábitos pacíficos y de sumisión. Las clases pudientes é ilustradas, sanas todavía, protestan de todos esos movimientos, y, siendo leales y amigas nuestras, desean que cuanto antes se restablezca la normalidad, y contribuirán, juntamente con las instituciones metropolitanas, á la nobilísima empresa de restaurar el orden y la marcha pacífica y progresiva del Archipiélago.

Al Gobierno toca dirigir y encauzar esas fuerzas para lograr tan satisfactorio fin, restableciendo los resortes de gobierno, hoy casi desaparecidos ó muy debilitados; dando prestigio á todos los elementos conservadores; y con una administración seria, ilustrada, activa, estable, moral, conocedora y amante del país, y ajena á todo doctrinarismo político, continuar y per-

feccionar el régimen justo y cariñoso, católico y español, con que la Metrópoli logró ganarse las simpatías de estos habitantes y asentar sólidamente su señorío.

Materia es esta extraña á los fines y carácter propio de esta Exposición, que no tiene otro objeto que defender la honra de los Institutos religiosos, y manifestar la necesidad de apoyar y robustecer su ministerio, si han de proseguir su noble y patriótica misión en el Archipiélago. No queremos meternos á políticos, por más que tengamos tanto ó más derecho que cualquier Sociedad ó individuo á hablar de estas cosas; pero sí debemos ser defensores de los derechos de la Iglesia y del clero regular: sí, tenemos obligación de velar por los intereses españoles, que no están reñidos, sino perfectamente amalgamados con los religiosos.

Lo que necesitan y pretenden las Ordenes

Como Religiosos, pues, y como españoles, nos dirigimos al Gobierno, y sin ambages ni rodeos (que no están los tiempos para perífrasis y eufemismos que disfracen la verdad), nos creemos en el caso de decirle que si los intereses de la dominación española en el Archipiélago han corrido y corren tan grave peligro de naufragio, es porque antes han sido y son profundamente combatidos los intereses de la Religión; y que si los revolucionarios han logrado dejarse oír de multitud de indígenas, es porque antes, y durante la ingrata rebelión, se les ha enseñado á menospreciar y hasta perseguir á los Religiosos que les enseñaron una doctrina de paz y obediencia. Quien esto no vea, gran ceguera padece, ó es señal clara de estar contagiado del terrible mal que tan tristes consecuencias ha traído á Filipinas. Quien cierre los oídos á las lecciones de la Providencia, dolorosas, sí, pero saludables, y crea que es posible aquí restaurar el orden y establecer una marcha próspera y tranquila, sin reforzar las influencias religiosas, no está lejos del campo separatista, ó maniobra que no sabe aprender en las grandes catástrofes sociales.

Y no basta á ese objeto reconocer la necesidad de la moral y de la Religión; es preciso reconocerlas en toda su integridad y pureza, tal y como las intima nuestra santa Madre la Iglesia. No basta hablar al pueblo de las grandes doctrinas del Crucificado, y advertir que no se quiere atacar los legítimos intereses del Catolicismo, vaguedades que con tanta frecuencia encubren intenciones aviesas y farisaicas, para luego, so color de abusos, decirle, con palabras ó con obras, que desoiga á los sacerdotes que le predicán esas doctrinas, y le inculcan el respeto á esos intereses. Es necesario, si se trata eficazmente de asentar sobre bases firmes la paz del Archipiélago, que se apoye en todo y por todo la misión de las Corporaciones religiosas, para que sea fructuosa en la medida que reclaman estos habitantes, tiernos todavía en la fe y en la civilización, robusteciendo en ellos la sólida convicción de que por deber de conciencia, y no por consideraciones humanas, siempre inestables y movedizas, tienen la obligación de obedecer y acatar á España, su verdadera patria, en el orden social y cívico.

Por eso los Regulares, que tenemos motivos sobrados para conocer en todo su alcance los males que afligen al Archipiélago, tan amado de nosotros, y que ha tiempo venimos experimentando que lejos de reforzarse la acción religiosa se la restringe y contraría de varias maneras, no vacilamos en decir con ruda franqueza al Gobierno, que si no se otorga á la Iglesia ese apoyo, cada día más necesario, la perturbación social del país cada día irá en aumento, y que de no ponerse remedio á ese mal, la permanencia aquí de los Religiosos se va haciendo moralmente imposible.

¿De qué sirve que nosotros nos esforcemos en cumplir nuestros deberes religioso-patrióticos, si esa labor se encargan otros de deshacerla al momento, si al mismo pueblo y á quien enseñamos á ser dócil y sumiso se le está, por medios que tanto halagan á las malas pasiones, diciendo continuamente que no nos haga caso? ¿Bastaría, por ventura, predicar el respeto á la propiedad, si á la vez no existieran leyes que la amparasen y fuerza pública que eficazmente reprimiera á los codiciadores de lo ajeno? ¿Tendría asegurados los efectos de su enseñanza un profesorado á cuyos discípulos, al salir del aula, se dijera por personas respetables ó con medios enloquecedores que olvidaran ó despreciaran las lecciones de sus maestros? Pues en igual caso nos encontramos nosotros en Filipinas.

No queremos, excelentísimo señor, honras ni dignidades temporales, á las que hemos renunciado eligiendo por nuestra profesión una vida escondida en Jesucristo; no somos de los que en cuanto hacen algo piensan inmediatamente, aun mereciéndolas, en recompensas y condecoraciones; no anhelamos, cual creen nuestros enemigos (quienes, por lo que á ellos quizá pasa, nos juzgan á nosotros), preponderar en el gobierno y administración civil de los pueblos, ni aun siquiera continuar con la pequeña intervención oficial que por ley y por tradición se nos atribuye en algunos negocios seculares. Si se quiere prescindir del párroco ó del misionero en todos los asuntos administrativos, gubernativos y económicos, en que, sin pretenderlo nosotros nunca, pero *nunca*, la Autoridad secular ha venido solicitando nuestra modesta cooperación, prescindase en buen hora. Los que tal disposición adopten verán lo que sea más conveniente á los altos intereses de la patria; y á ellos, no á nosotros, que siempre (aun soportando por esa intervención disgustos, censuras y persecuciones, y considerándola una verdadera carga) hemos sido dóciles auxiliares de la Autoridad civil, se les pedirá la responsabilidad de las consecuencias que pudiera acarrear tan trascendental medida.

Hemos venido á las islas para predicar y conservar la fe cristiana, y apacentar á estos indígenas con el celestial pasto de los Sacramentos y las máximas del Evangelio; para probar que España, al incorporar este territorio á su corona, su principal intento fué cristianizarlas y civilizarlas. No hemos venido para ser alcaldes, gobernadores, jueces, militares, agricultores, industriales, comerciantes; aunque, dadas la concordia y estrecha unión que debe haber entre la Iglesia y el Estado, y la circunstancia de constituir aquí nosotros la única institución *social* española, jamás nos hayamos negado á contribuir con nuestro esfuerzo de buenos pa-

triotas y sumisos vasallos á cuanto, sin desdoro del carácter sacerdotal y religioso, se ha exigido de nosotros, y nosotros hemos podido hacer.

(Se continuará.)

RECUERDOS DEL CATOLICISMO EN EL TONKIN

III

Real protección.—Nuevas hostilidades

DESDE sus primeros tiempos la Iglesia del Tonkín proporcionó á los predicadores de la fe santos consuelos debidos á la caridad, perseverancia y verdadera piedad de sus fieles. El año 1647 parece ser principio de nueva era de felicidad debida á la protección del emperador Lê-chan-tong-thuân.

«El joven Monarca, escribe el P. Juan Cabral, que ante las prevenciones de su padre contuvo hasta su elevación al trono el afecto que nos profesaba, aprovechando la ocasión de haber los Padres de la China prestado algún servicio á uno de sus embajadores, se ha declarado por completo en favor nuestro. El 11 de Marzo de 1647 envié al P. Félix Morelli un diploma en el cual constaba que el Emperador lo adoptaba por hijo suyo: distinción la más elevada de cuantas se usan en estos países. Una Comisión formada por varios de los primeros oficiales de la corona trajo con grande pompa el escrito real á nuestra residencia: para corresponder lo mejor posible á la distinción de que era objeto el Padre Morelli, habíamos reunido las más distinguidas personalidades de la colonia portuguesa. El capitán y todo su séquito recibiólos con singular atención á los alegres acordes de nutrida orquesta, y manifestó su deseo de acompañar al Padre cuando fuera á visitar al Rey para mostrarle su agradecimiento por el insigne favor con que se dignara honrarle.»

La benevolencia de los príncipes presta muchas veces ayuda eficaz á la propagación del Santo Evangelio: es un auxiliar poderoso que, á pesar de tener toda la confianza puesta en Dios, no por esto debe ser despreciado, recordando, empero, la inestabilidad de las cosas humanas, y en consecuencia procurando servirse de ella con muchísima prudencia. Al siguiente año murió el Príncipe, y su sucesor siguió durante largos años conducta favorable al Catolicismo, hasta que en 1658 el favor imperial trocóse en abierta persecución.

Publicóse una ley, en cumplimiento de la cual debían los misioneros abandonar el Japón, exceptuándose los PP. Borgés y Tissanier, este último francés, á quienes si bien permitiáseles permanecer en él, distaban, empero, mucho de disfrutar la libertad apetecida.

El Rey prohibió que los misioneros pudiesen vivir en habitaciones próximas al palacio imperial, y ordenó que debían estar separados, y que cuando llegaran las naves portuguesas abandonasen el Japón. A pesar de órdenes tan severas permitióseles habitar en alguna casa de la capital y recibir en ella á los cristianos. Tan grave situación disminuyó mucho el número de conversiones, sin que cesaran en absoluto.

Algunas de estas conversiones son muy notables,

conforme puede verse por el siguiente relato, escrito con notable sabor local por el P. Tissanier.

«Un gran mandarín de un lugar llamado Kevo tenía seis ó siete mujeres, la primera de las cuales era cristiana: el mandarín quería convertirse, pero respetos humanos reteníanle en el desorden de pagana vida, y le imposibilitaban de recibir el bautismo. Tenía la piadosa costumbre de rezar todos los días las oraciones que mañana y tarde suelen rezar los buenos cristianos, y obligaba á seguir su ejemplo á todas sus mujeres, castigando con forzado ayuno á la que omitiera un solo día tan devoto ejercicio. Dios nuestro Señor, usando de su misericordia infinita, esperó hasta el fin de sus días al mandarín, pronto siempre á recibirlo abiertos sus paternales brazos entre el número de sus queridos hijos. Grave enfermedad postró en el lecho del dolor á este catecúmeno, y él entonces mandó llamar á un catequista, y diez días antes del que fué el último de su vida, lavó su alma con las regeneradoras aguas del Bautismo. En este Sacramento recibió, junto con el nombre de Josafat, la gracia santificante, que por tan largo tiempo había menospreciado.

«Creería no hacer justicia á la virtud del mandarín si dejara de relatar las santas disposiciones que mostró en el decurso de la enfermedad que puso fin á su existencia. Al poco tiempo de haber recibido el Bautismo, viendo que iba á comparecer al tribunal del Supremo Juez, elevó de tal manera su pensamiento y su corazón, que cifraba todas sus complacencias en hablar de Dios y de la felicidad del paraíso. Considerando con espíritu cristiano las gracias que había recibido junto con el agua regeneradora, decía:

«¿No es verdad que debo considerarme muy feliz al ver la suma bondad con que me ha tratado un Dios á quien tan largo tiempo ofendí? Ciertamente es que por haber desoído un día y otro día, un año y otro año la dulce voz del Señor que me llamaba, hálleme hoy postrado y como prisionero en este lecho, donde con mis actuales sufrimientos pago los ilegítimos placeres de mi pasada vida; pero todo cuanto sufro es nada si lo comparo con lo que mis crímenes merecen, y además al fijar mi pensamiento en las eternas felicidades que Dios en el cielo me tiene reservadas, endúlzanse de maravillosa manera mis sufrimientos todos.

«¡Ah! Confundido me hallo al comparar el tratamiento que Dios se ha dignado darme con el que recientemente sufrió, de parte del Rey del Tonkín, uno de mis amigos. Este mandarín, por haberse sublevado una sola vez contra su príncipe, fué castigado con tal rigor, que le quitaron sus galeras, sus bienes, sus mujeres y su vida; y el desgraciado después de tanto sufrimiento habrá caído al fuego eterno del infierno. ¡Ah! ¡de cuán distinta manera me ha tratado Dios! Mil veces levantéme contra El, adoré sus criaturas y ofrecí sacrificios al demonio. Ciertamente es que Dios encerróme prisionero en el lecho del dolor, y muestra su justicia quitándome galeras, gentes, bienes, hijos y la misma vida, pero castígame con paternal mano, y después de estos sufrimientos me dará el cielo, donde el menor placer es preferible á los bienes todos que he perdido.»

«Estas palabras, dichas con compungido corazón,



MENDÉ.—En el río.—Breve descanso, (Pág. 374)

arrancaban lágrimas de los ojos de cuantos presenciaban tan nuevo y conmovedor espectáculo.”

En 1683 un incidente, que para nada debía relacionarse con la predicación del Evangelio, vino á aumentar las malas disposiciones del Gobierno del Tonkín.

Los tártaros andchoux, que macababan de conquistar la China, temiendo la ambición de los portugueses de Macao, ó los socorros que éstos pudieran proporcionar á sus enemigos en las provincias Kouang-si y Yun-nan, ordenaron suspender todo comercio con el Tonkín. Es evidente que ningún misionero era responsable de esta orden, perjudicial para ellos, pues buques portugueses eran los que les conducían al Tonkín, pero no es caso nuevo en la historia de la humanidad que los inocentes paguen por el culpable, y el rey, impotente para vengarse en los tártaros mandchoux, descargó toda su cólera contra los predicadores del Evangelio.

Un eunuco, aprovechando ocasión propicia, declaró en pleno Consejo que la Religión cristiana y los que la profesaban eran perjudiciales á los intereses del Rey y al progreso de la nación, y añadió que el medio más seguro de reparar el daño causado y prevenir otros mucho mayores que amenazaban para no lejano porvenir, era desterrar del reino á todos los doctores extranjeros, y bajo pena de muerte prohibir á toda la nación que aceptara ó practicara las doctrinas por ellos enseñadas.

Al mismo día los misioneros recibieron orden de embarcar en un buque holandés. El P. Borgés, superior de la Misión, sirvióse inútilmente de cuantos medios tenía á su alcance para obtener más largo plazo: fué preciso partir, y los cristianos otra vez solos, sin sacerdotes, principiaron nueva época de prueba que debía prolongarse por espacio de tres largos años.

IV

La Sociedad de Misiones Extranjeras en el Tonkin.—M. Deydier

A la par que tan tristes sucesos desarrollábanse en el Tonkin, una nueva Sociedad apostólica, la Sociedad de Misiones Extranjeras, habíase fundado en París des-

de el año 1658 al 1663 con el fin de crear el clero indígena y establecer las Iglesias del Extremo Oriente, iguales en todo á las del Occidente. Los dos primeros Obispos y principales fundadores, Ilmos. Pallu y de La Motte-Lambert, habían sido enviados al Asia por el Papa Alejandro VII con el título de vicarios apostólicos.

Encargado especialmente del Tonkín, pero detenido en Siam, Roma y Francia por varios importantísimos asuntos de las Misiones y de la nueva Sociedad, el ilustrísimo Pallu envió á dicho reino uno de sus sacerdotes, el P. Francisco Deydier, nacido en Tolón el año 1684. Éste fijó por primera vez sus plantas en tierra anamita el año 1666.

Bajo, delgado, de fácil ademán, ardiente mirada y ánimo intrépido, compendiábanse en él todas las energías morales y físicas; á la edad de quince años manejaba el florete cual consumado profesor de esgrima, y gobernaba una embarcación como práctico piloto: dotado de gran talento, recto juicio y severa razón, que domaba con inquebrantable energía la exuberancia de su rico temperamento, y al reprimirse le comunicaba nuevo vigor, había nacido para realizar la difícil misión que sus superiores le confiaron. Oculto en Hean, en casa de un cristiano llamado Rafael, dirigió á los fieles una carta dándoles á conocer su llegada, é invitando á los catequistas á que fueran á visitarle. Siete de estos últimos, que resultaron ser los siete más antiguos, contestaron á su llamamiento.

Leyóles las cartas en que constaba su nombramiento, firmadas per el Ilmo. Pallu y otras del Ilmo. de La Motte-Lambert, quien les dirigía caluroso llamamiento para que todos acudieran al Seminario de Siam, en el cual se les conférirían Sagradas Ordenes, regresando luego á su nación para ser sacerdotes de la Iglesia que les había hecho hijos de Jesucristo.

Con alegría aceptaron estos consejos, y al breve tiempo otros en número de veinte vinieron á reunirse



MENDÉ.—Tres indígenas recién bautizados. (Pág. 374)

á los primeros. Para afirmar más y más sus excelentes disposiciones, el misionero dió á todos ellos los Ejercicios de San Ignacio en tales condiciones que lo pobre y á la par pintoresco de las mismas venían á acrecentar la piedad.

Sumamente difícil era hallar sitio donde poder reunirse sin peligro de ser descubiertos por los oficiales del Rey, y las grandes dificultades que todos ofrecían fueron causa de que el P. Deydier, recordando que Jesucristo había no pocas veces predicado é instruido á sus discípulos dentro de la barca de San Pedro y las de los demás Apóstoles, convocó á todos los catequistas para el 11 de Octubre, señalando como punto de reunión la barca que los había conducido, de la cual eran propietarios. Dióse principio á los santos ejercicios con la celebración de la Misa, y terminada ésta el misionero dirigióles sentida plática, cuyo tema fué: *Peceni relinquo vobis*.

Todos los días el P. Deydier enseñábales la manera cómo debían predicar el Evangelio á los paganos, educar á la juventud, administrar el bautismo, atraer los apóstatas y conservar á los fieles en la práctica de las virtudes cristianas. Temeroso de que tan indispensables avisos pudieran borrarse de la memoria de los catequistas, entrególes para que cada uno de ellos lo copiara, un breve compendio, que podríamos llamar su regla, en el cual dábanseles saludables avisos para vivir santamente, y ejercitar su ministerio según el espíritu y las leyes de la Iglesia.

Los catequistas dieron cuenta al misionero de sus trabajos y actual estado del Catolicismo en el reino.

A contar desde el destierro de los Jesuitas habían administrado cinco mil quinientos bautismos; del furor de los paganos habían podido salvarse setenta iglesias ó salas de reunión pública, y doscientos oratorios en las casas de diversos particulares: según sus cálculos el número de los cristianos se elevaba á treinta y cinco mil, entre los cuales había algunos que temiendo la persecución, ó pervertida su alma, habían abandonado las prácticas religiosas, contraído matrimonios nulos é ilícitos, y puesto en sus casas tablillas supersticiosas.

Presentaron al misionero un inventario de sus bienes muebles é inmuebles, los cuales habían reunido en común, siguiendo el ejemplo de los primeros fieles.

EN SYDNEY

POR EL R. P. VANDEL, MISIONERO DEL SAGRADO CORAZÓN DE ISSOUDUN

VI

Sydney, centro de apostolado para toda la Oceania
(continuación)

LA sola estadística dará alguna idea del prodigioso trabajo cumplido actualmente por la secta vesleyana. Estamos seguros que los católicos al ver estos datos redoblarán su celo y abnegación para la propagación de la verdadera fe. Los hijos de la luz no querrán dejarse vencer por los hijos de las tinieblas.

La Memoria oficial de la Sociedad de las Misiones vesleyanas para el año 1895, declara que éstas tienen á la disposición de su culto en las islas de Oceanía, 1,063 iglesias. Los misioneros europeos no exceden del número de 20, pero la fuerza de la secta está en el personal indígena. Aquí las cifras son alarmantes. Este personal comprende 73 ministros, 1,321 catequistas, y 2,477 maestros formados en establecimientos apropiados al efecto. Sus prédicas reúnen 120,000 asistentes, y 40,300 niños reciben la instrucción en sus escuelas. Aunque hubiese exageración en estas últimas cifras, hay que reconocer que, numéricamente hablando, los resultados obtenidos por nuestra santa Religión son de mucho muy inferiores. Ciertamente que el desquite es completo y manifiesto si se compara el éxito de la Misión católica y el de la Misión vesleyana no sólo desde el punto de vista sobrenatural, sino también tocante al desarrollo humano y la transformación moral obrados en los indígenas de la una ó la otra comunión. Mi único objeto es poner de relieve los gravísimos obstáculos con que tropieza la propagación de la fe en las comarcas infieles, á fin de despertar los ardores que se extinguen ó estimular las generosidades que languidecen, y atraer al mismo tiempo el interés de las almas piadosas sobre la obra emprendida por nuestra Sociedad, para remediar en la medida de sus fuerzas el presente estado de cosas.

Lo que hace más y más temible la legión de los predicantes heréticos, es su organización hábil y minuciosa, la actividad casi febril de que da pruebas, y el poder y continua asistencia que recibe de sus correligionarios. Su balance oficial en el año 1895 señala un recibo y un gasto de 366,100 francos, y esto que sólo se trata de las islas de Oceanía. Muchos buques veleros y aun uno de vapor están continuamente al servicio de las estaciones, transportan á los misioneros y los catequistas, recogen los productos del comercio ó de las contribuciones impuestas á los indígenas, y dan á la secta el prestigio que ejercen sobre los salvajes la fuerza y la opulencia materiales.

Con frecuencia los diarios nos ponen á la vista algún nuevo testimonio del ardor y energía con que los ministros del error prosiguen su funesta obra. Hoy leo en el *Sydney Herald* que el buque vesleyano ha sido saludado con entusiasmo en muchas islas de Oceanía, y que actualmente transporta á Nueva Guinea once catequistas de las islas Cook. En este mismo día leo que una embarcación perteneciente á una Misión americana protestante se dirige á las Carolinas, donde esta Misión sostiene un seminario de catequistas. Añadid las Sociedades alemanas que trabajan en el Norte de Nueva Guinea.

Estos detalles demuestran suficientemente que por todas partes la herejía disputa diligente las almas á la verdad, para prevenir la predicación de nuestra santa fe, y tomar posesión de las más numerosas y mejores poblaciones indígenas.

Verdaderamente se ve aquí en acción el cuadro que San Ignacio nos propone en la meditación de las dos

Banderas: «Consideraré á Lucifer como hace llamamiento de innumerables demonios, y como los esparce á los unos en tal ciudad y á los otros en tal otra, y así por todo el mundo, no dejando provincias, ciudades, estados ni personas algunas particulares.»

¡Con qué miradas de angustia y de consternación los misioneros siguen ese trabajo encarnizado de extravío y perversión de las almas que se realiza en torno suyo, sin que puedan impedirlo!

Si no encontrasen en su camino esos antagonistas, ¡de cuántos pueblos que parecen ya perdidos para nuestra santa fe, pudiera esperarse la conversión!

Pasaron los días felices en que la Iglesia podía tranquilamente seguir el curso de sus conquistas, segura de llevarlas más ó menos pronto á feliz término. Veía con menos tristeza las ovejas extraviadas por el desierto, cuando abrigaba la confianza de conducir las al retil. Mas los lobos rapaces han hecho irrupción en el gran desierto, arrebatando y devorando los rebaños.

En lo sucesivo, cada dilación en la práctica de la abnegación apostólica, ó en los auxilios de la caridad cristiana, siéntese de rechazo en la Oceanía, con la captura que hacen los herejes de alguna infeliz población.

Compréndese, pues, cuán necesaria y urgente es la acción. ¡Ojalá que estas líneas suenen en el corazón de los sacerdotes, de los seminaristas y de los fieles como un toque de clarín, que reuna bajo el estandarte de la Propagación de la Fe las abnegaciones del apostolado y de la caridad!

VII

Porvenir del Catolicismo en Australia.—Un sacerdocio indígena

Las reflexiones precedentes justifican la oportunidad de las instituciones en que se emprende la formación de los jóvenes indígenas para los ministerios apostólicos.

Inundando las islas con sus catequistas es como los protestantes hacen ruda oposición á los progresos de nuestra fe. ¿Qué puede un puñado de misioneros contra el aplastamiento del número?

No hay otro medio de restablecer la proporción numérica entre los efectivos de uno y otro ejército. Es una quimera contar con Europa para igualar las fuerzas. Nunca las vocaciones serán en ella tan numerosas que basten para la evangelización de los pueblos infieles. Además, ¡con qué exceso se tendría que agobiar el presupuesto de la caridad católica si había que pedirle la formación y sostén de tan numeroso personal!

La conclusión se impone: apresurémonos á formar catequistas, y si es posible, sacerdotes indígenas.

No hemos hecho con esto un descubrimiento. Todos los misioneros experimentados han tenido el convencimiento de la necesidad de esta obra.

San Francisco Javier, el grande apóstol del Extremo Oriente, decía y repetía que nunca arraigaría allí la fe católica si no era sostenida y conservada por el trabajo de un clero indígena.

Y Su Santidad León XIII ha dado á esta grave sentencia la sanción de su autoridad, apropiándose la, en su admirable Carta Encíclica sobre el establecimiento de los Seminarios en las Indias Orientales, dirigida á los Obispos del mundo católico el 24 de Junio de 1893.

En esta Encíclica pueden leerse todas las razones que demuestran la urgencia de estas fundaciones, y la contestación á las dificultades que pueden suscitarse.

«Hay un punto, dice el Vicario de Jesucristo, del que depende en gran parte la salvación de las Indias, y es nuestra voluntad que vosotros, Venerables Hermanos, y todos los que se interesan por las almas y por nuestra santa fe, le prestéis mayor atención que hasta el presente. En efecto, el estado de la fe cristiana en las Indias continuará siendo precario, y su propagación será dudosa, mientras tenga que deplorarse la ausencia de un clero escogido entre los indígenas.»

No diversa conducta siguió nuestro divino Maestro. Escogió en la multitud más sencilla é ignorante los hombres á quienes hizo columnas de su Iglesia. Los mismos canacos están muy poco debajo del nivel de los pescadores de Galilea.

De la abominable corrupción del Paganismo los Apóstoles sacaron un Episcopado y un clero que son el modelo de sus sucesores.

En los primeros siglos de la fe la Iglesia siguió fielmente las huellas de sus fundadores. Cuando sus enviados penetraban en el corazón de las naciones las más bárbaras, uno de sus primeros cuidados era elegir sujetos á propósito, instruirlos, ordenarlos y consagrarlos.

«No debemos apartarnos, dice Su Santidad, de las tradiciones que nuestros padres en la fe santamente inauguraron.»

La gracia divina nada ha perdido de su eficacia; el brazo de Dios no se ha encogido, y el Redentor del género humano no ha desheredado ninguna raza de su sacerdocio.

«Porque, dice el profeta Malaquías, desde donde se levanta el sol hasta su ocaso, en todo lugar debe ofrecerse al Señor la Hostia inmaculada.»

Y San Juan oyó los ecos del himno que los elegidos cantan al Cordero: «Nos redimisteis con vuestra sangre de toda tribu, de toda lengua, de todo pueblo y de toda nación; y nos habéis establecido para constituir el reino y el sacerdocio de nuestro Dios.»

Entre los jóvenes indígenas los misioneros encuentran frecuentemente inteligencias vivas y precoces, razones providencialmente preservados de la infección común, almas rectas y generosas.

Estos jóvenes, aislados de su medio, que ejerce sobre ellos una influencia deprimente y corruptora, cuidadosamente educados en la piedad, en el temor de Dios, en la frecuencia de Sacramentos y en la práctica de las virtudes cristianas, nutridos con una instrucción metódica, apropiada á su temperamento y á sus capacidades, no dejarán de ser para el misionero de poderoso auxilio.

El catequista y el sacerdote indígena tienen notables ventajas sobre el misionero extranjero. Al corrien-



NUEVA ZELANDA.—La catarata de Russell. (Pág. 382)

te de la lengua, de los usos y costumbres de su país, aguerridos contra los rigores y las intemperies del clima, investidos de esa confianza que se otorga á los compatriotas más bien que á los extranjeros, y al mismo tiempo adornados de ese prestigio que confieren la cultura intelectual y el carácter religioso, son la esperanza, constituyen la fuerza de las Misiones católicas. El misionero europeo, rodeado de esos preciosos auxiliares, verá la fecundidad de su ministerio aumentarse en inmensas proporciones.

Otras muchas ventajas son inherentes á este método

de reclutamiento apostólico. Desde luego, en las islas, el misionero puede contar con numerosas vocaciones. En ellas la conscripción militar es un azote desconocido, ninguna carrera llama la atención, no atiza los deseos ni solicita la ambición de los niños. La libertad de elección es ilimitada.

La educación de estos niños es mucho menos dispendiosa que la de los seminaristas de Europa. Las necesidades de los indígenas son mínimas y se satisfacen con poco gasto. Con frecuencia, lo que exige la salud ó las costumbres de un civilizado, es para un salvaje, más que superfluo, embarazoso. Su vestido, su



O GLORIOSA VIRGINUM, SUBLIMIS INTER SIDERA

(Cuadro de Perugin)

alimento, su mobiliario están reducidos á su más sencilla expresión.

Su mantenimiento, aun en la Misión, exigirá una subvención módica, pues con su trabajo le es facilísimo encontrar en su país natal, suficientes medios de subsistencia.

Así los recursos de la Propagación de la Fe, prudentemente administrados, podrán hacer frente á más numerosas necesidades.

¿Por qué hacer venir á tanta costa el trigo de Europa, cuando entre nosotros hay tierras fértiles, que, una vez labradas, producirán el ciento por uno?

Uno de los fines de nuestra Congregación es de promover las vocaciones apostólicas, y de formarlas, en escuelas especiales, para su gran ministerio. En todas partes donde se ha establecido ha fundado la Pequeña Obra, que ha prosperado merced á la bendición divina.

En ninguna parte quizá las circunstancias son á la vez tan felices y apremiantes como en Sydney para excitarnos á instituir una obra apostólica.

Desde aquí se oye la gran voz de las islas que solicitan la luz de la fe y la gracia de la redención.

Aquí no escasearán las vocaciones, y los hijos de la Iglesia de Australia anhelan combatir en las filas de sus hermanos mayores de Europa.

Aquí los jóvenes indígenas se encuentran en condiciones de temperatura y de proximidad á su país que favorecerán su educación.

Aquí, por último, una obra católica encontrará la libertad, la benevolencia y la seguridad, que son para ella prendas de crecimiento y prosperidad.

Cierto que nuestra excelente población católica está agobiada bajo el enorme peso que gravita sobre ella. En esta tierra nueva tiene que construir todas sus iglesias, sostener todo su Episcopado, y subvenir á las necesidades de todas sus escuelas.

No obstante, haremos un llamamiento á todas las almas que desean ardientemente la propagación de nuestra santa fe, y que no rehusarán sostener una obra de interés no local, sino católica, cuya urgencia se impone y de la que depende la salvación de millares de infieles.

Por lo demás, este llamamiento ha sido hecho, en la colina de Kensington, en términos tan conmovedores y por una voz tan autorizada, que sería superfluo por nuestra parte insistir.

EN LOS RIOS DE MONDA

POR EL R. P. TRILLES

DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, MISIONERO EN GABÓN

IV

Excursiones y bautismos

EL día siguiente, después de la santa Misa y una breve exhortación, tuvimos el consuelo de administrar el bautismo á una anciana y á un joven moribundo.

Dios escoge sus elegidos donde quiere.

Después de esta doble victoria emprendemos nuevamente la marcha. ¡Qué importa la fatiga! dos almas salvadas, es más que suficiente para juzgar felicísima la jornada.

Partimos á las nueve, y cruzamos el río para ir á Alar-Mitay.

Cierto día un hombre de Makendjé se cansó de vivir en sociedad. En un acceso de misantropía este negro, disgustado del mundo, no viendo la vida de color de rosa, pasó el río, y seguido de sus dos mujeres, vino á instalarse frente de su antigua aldea. Construyó dos cabañas, y vivió allí feliz, solitario y tranquilo. A la sazón estaba ausente.

Entramos: su primera mujer era anciana, decrepita. Objeto ya anticuado, se la tenía como arrinconada: la segunda era joven, vistosa y adornábanle gruesos anillos de cobre, al estilo del país. Cuanto más elegante es una mujer, más anillos lleva al cuello, en los brazos, en las piernas, por todas partes.

La joven nos contempló sonriendo; mas nosotros nos dirigimos á la anciana, que puede decirse tenía un pie en la tumba. Nos escuchó con atención, y parecía bien dispuesta: el P. Monnier la instruyó lo mejor que pudo, y no la dejó hasta haberle dado el más precioso de los regalos: el bautismo.

¿Por qué habíamos ido á aquel lugarejo? ¡Dos chozas! ¡y eso que no figuraba en nuestra ruta! Que lo explique quien quiera. Por mi parte creo sencillamente que fué el Angel de la buena anciana quien nos atrajo.

Nuestra barca corría al impulso de la corriente: á nuestra izquierda había un riachuelo llamado Ntyjolo: las canoas lo surcan frecuentemente para ir á Moka, á orillas del mar. Algo más lejos el río Eyombé, igualmente á izquierda, se introduce tierra adentro hasta la aldea bulu de Eyombé.

Alentados por nuestro buen éxito de la mañana, bajamos á la población pahuina de Okum (orilla izquierda), habitada por la familia Ensemyé. La aldea estaba casi desierta. Los hombres se hallaban en el campo, ocupados en las plantaciones. Únicamente había algunas mujeres muy ocupadas, cocinando el *odika*.

El *odika* es el plato favorito de los negros. Cuando ha pasado la estación de los mangos silvestres, las mujeres recogen cuidadosamente las nueces, las hacen secar al sol, y una vez terminada esta operación óyese en las aldeas, en medio de mil gritos de júbilo, resonar por todas partes el sordo ruido del pilón, y el chasquido seco de la nuez que se rompe. Acto seguido muelen las almendras, y las cuecen al fuego en anchos recipientes de cobre, removiendo á menudo la pasta para que no se quemé. ¡Ah! no es éste el momento de distraer á las mujeres.

Una vez tiene la consistencia requerida, quitan el *odika* del fuego, y lo cuelgan en gruesos panes para que se seque. Designanle con el nombre de «chocolate de los negros.» Con una ó dos cucharadas obtiéndose, especialmente con el pescado, una buena salsa. ¡Para el paladar indígena es el *nec plus ultra!*

Aquí las mujeres hacen el *odika*, y hablarles enton-

ces de Religión sería inútil. Otra vez será. Despedímonos, pues, de ellas, y proseguimos la marcha.

A algunos centenares de metros de distancia encontramos Nzog'o-Mitang, aldea de pahuinos yevengs, donde nos detuvimos.

La aldea está situada sobre una ribera enhiesta, perpendicular al río, disposición general en las aldeas pahuinas. Casi siempre en guerra, temen continuamente una sorpresa. La maleza es impracticable, erizada de espinos, obstruída por plantas, árboles, retoños, arbustos puntiagudos, cortantes y acerados como filos de espada, es difícil abrirse por allí paso. El pueblo no puede ser tomado sino por agua; así el desembarcadero es el único punto que deben fortificar.

Mientras el P. Monnier exploraba un lado, examiné la segunda hilera de chozas. En una de ellas vi una pobre anciana enferma, descarnada, en los últimos límites de la decrepitud. Era yo el primer misionero que veía: la instruí desde luego. ¡Pobre anciana! era una alma sencilla y recta. Por instinto comprendía y aprobaba todo lo que yo le decía; así es que la conquista de esta alma no fué ciertamente difícil. Su hijo quiso oponerse, pero mediante algunos regalos, atendió las razones y se retiró. La pobre mujer lloraba de gozo: el agua santa corrió sobre su frente, y regeneró aquella criatura de Dios. Impúsele el nombre de Leontina, en recuerdo de la humilde y dulce Mártir que descansa á los piés de Nuestra Señora de Seez, Santa á quien rogué no pocas veces en el santuario bendito de la Inmaculada Concepción, y que me alcanzó sin duda la gracia de la vocación al sacerdocio.

La anciana considerábase feliz: dile rosario y medalla, que desde luego besó y púsose al cuello. Luego le pregunté su nombre; y juzgad de mi asombro al saber que se llamaba Nzame-Eveve (don de Dios, la que es ofrecida por Dios). ¡Ah! Dios no quiso que aquella que llevaba su nombre, la que había sido llamada por un acto de fe, natural tal vez, pero efectivo, cayese en las llamas eternas, y al acercarse su hora postrera, llegó el momento de la gracia, y pasó el misionero.

Durante este tiempo el P. Monnier no estaba ocioso. Después de haber sido acompañado á la puerta de una choza donde yacía un enfermo, llamóle otro, que, con un sentimiento admirable de fe, quiso antes de recibir el bautismo, hacer pública confesión de sus pecados. Hecho rarísimo y digno de ser señalado, sobre todo en un pueblo tan orgulloso como el pahuino.

¿Creéis que la comida que tomamos luego fué amarga? Ciertamente era detestable: el agua caliente, y el bote de conservas poco apetitoso; pero ¡qué importa! Mas aún que por la mañana, podíamos decir: «¡Amigos míos, no he desaprovechado el día!»

Sí, todavía hay días felices en que uno se siente como envuelto por la gracia y bañado por así decirlo en lo sobrenatural, y cuando uno sale de esas chozas donde se acaba de sentir, de tocar con el dedo, de palpar el hecho asombroso, digamos mejor, el influjo divino, dícese con toda verdad: «¡Dios está aquí; Dios ha obrado, siendo yo su humilde instrumento!»

A pocos minutos mana la fuente de la aldea. Muy

cerca se agrupa otro centro: es Bekye, habitada por yevengs. A pocos pasos, en la maleza, hay aún otra aldea, y en ambas contamos buenos cristianos.

Pero el tiempo volaba: queríamos llegar antes de anochecer en la isla de Nendé, y así apresuramos la marcha. Apenas nos detuvimos en el pueblo bulu de Nkendjé para comprar pescado. En todas partes, en efecto, es aquí fructuosa la pesca. Refugiadas en las aguas tranquilas del estuario y de los ríos que en él desembocan, halla la gente morada propicia y alimento abundante. El infortunio, sin embargo, sigue siempre á la dicha: encuéntrase allí numerosos y terribles enemigos, lazos y redes de toda suerte.

¡Valor! izamos la vela y entramos en el estuario, dirigiéndonos directamente hacia la grande Nendé. El viento soplaba apenas, y por una superstición inveterada, de la que, sin embargo, son los primeros en reírse, nuestros muchachos silbaban suavemente y con la mano derecha rascaban el mástil.

—¡Juan Bautista!

—¿Qué queréis, Padre?

—¿Es bueno rascar el mástil?

—Padre, el tiempo va á cambiar, y seguimos la costumbre.

El viento, aunque recalcitrante, vino por fin; pero sopló de la parte de proa, y nos hizo retroceder algo.

V

Un entreacto.— Mendé

Nendé era en otro tiempo para nosotros una sucursal, una estación con casa y capilla, fundada por el P. Gachon, antiguo misionero. El Gobierno nos la pidió para instalar un puesto de aduaneros: el paseo de cocoteros plantados por la Misión atestigua aún útilmente nuestro paso por este lugar.

El P. Gachon, cuyo nombre recuerdo aquí, se había dedicado en cuerpo y alma al ministerio entre los bulus. Cada año pasaba con ellos largas semanas, compartiendo su alimento y convirtiéndoles en gran número. De vez en cuando enviaba también á *Las Misiones Católicas* cartas llenas de la más conmovedora piedad.

Sus esfuerzos fueron coronados por el éxito, y como se complacía en referir él mismo, la cosecha parecía estar ya en sazón. ¡Ay! la enfermedad y la postración lo arrebataron, sin que pudiese restablecerle una permanencia en Europa. De cuarenta años de edad apenas, el buen Padre fué al cielo á recibir la recompensa.

Después de su muerte la obra quedó interrumpida por falta de misioneros: así sucede que en este pueblo, sumamente voluble, apenas se hallan trazas de Cristianismo, y por lo demás abrumados como se hallan por la creciente invasión de los fangs, tienden á desaparecer rápidamente ó á confundirse con la raza conquistadora.

Gracias á un enorme baobal que domina toda la isla de Nendé, se la distingue desde muy lejos. A decir ver-

dad, es más bien un islote berroqueño, pues en diez minutos se le puede fácilmente dar la vuelta.

Habita allí un solitario aduanero: al lado de la estación la casa Daumas estableció una factoría, administrada actualmente por M. Petit, excelente sujeto y animoso viajero.

El personal de ambas casas vive en suma estrechez, encerrado en pocos piés cuadrados, y teniendo que ir á buscar el agua potable á una distancia de dos horas. Pero ¿qué queréis? A uno le obliga el deber, y á otro el interés, y allí permanecen.

Abordamos á las tres, é inmediatamente empezó amistosa contienda entre aquellos dos señores, sobre quién nos ofrecería hospitalidad. La cuestión se resolvió fácilmente: ellos eran dos, y nosotros también; que cada uno, pues, se quedase con el suyo. Al anoecer, nos reunimos los cuatro en la mesa común.

Alegre fué la comida, os lo aseguro, reinando en ella suma franqueza, aumentada con la dicha de encontrarse entre compatriotas.

Al cabo de algún tiempo de vida salvaje, uno se siente feliz con estrechar una mano amiga y hablar la lengua de la patria. Recuerdos placenteros, reminiscencias de colegio ó de cuartel, ciudades recorridas como excursionistas, partidas de placer, ¿qué sé yo? Todo acude á la vez, y transcurre el tiempo conversando con la mayor cordialidad.

Era ya entrada la noche cuando tratamos de recogerlos, satisfechos de una jornada tan bien empleada.

He ahí la vida del misionero, tejido de gozos y penas, de miserias y complacencias, contraste extraño, pero que obliga sin cesar al alma á elevarse de la tierra, á dominar las cosas de este mundo para referirlo todo á Dios, á Jesús, que en otro tiempo en el fondo del corazón, nos hizo oír su dulce voz: *Veni, sequere me.*

Sí, ciertamente tiene sus encantos la vida del misionero, y si no ve, como antiguamente, las multitudes estrecharse en torno suyo (esto le ocurría á San Francisco Javier), por lo menos tiene de vez en cuando la inmensa dicha de arrebatar un alma al negro demonio del Africa.

UN MISIONERO

SENCILLÍSIMO, como todo lo sublime, es el relato que hoy ofrecemos á nuestros lectores y que tomamos de un autor que, si no alardea de indiferente en materia religiosa, no se marca como católico, el marino académico Pedro Loti, bien conocido en el mundo literario, y testigo y parte en los hechos que nos narra. Este relato comprueba una vez más que los hechos notorios de heroísmo producidos por el Catolicismo, son bien pocos en comparación de los ignorados de los hombres y ejecutados sólo en presencia de Dios.

«Allá, en aquel siniestro país amarillo del extremo Oriente, dice Pedro Loti, durante la época luctuosa de

la guerra, nuestro colosal acorazado permanecía quieto en su puesto, mientras continuaba el bloqueo.

«Apenas nos comunicábamos con la tierra cercana, compuesta de montañas verdes hasta lo inverosímil, y de campos de arroz parejos como si fueran llanuras de terciopelo. Las gentes de las aldeas y de los bosques permanecían alejadas de nosotros por hostilidad ó por desconfianza. Un calor pesado, que nos abrumaba, descendía de un cielo triste, casi siempre gris y velado por nubarrones de plomo.

«Una mañana, mientras yo hacía la guardia, el timonel se me acercó y me dijo:

«—Capitán, hay una barca en el fondo de la bahía. Parece que se acerca.

«—Y ¿quién viene en ella?

«Antes de responderme, indeciso, dirigió de nuevo el antejo hacia la barca.

«—Hay, mi capitán... una especie... ¿cómo dijera yo?... una especie de bonzo... un chino, ó no sé quién sea, sentado solo junto al timón de la barca.

«Sin prisa, sin ruido, la barca avanzaba hacia nosotros, deslizándose sobre el agua aceitosa y caliente. Una joven de rostro amarillo, vestida de traje negro, remaba en pie para traer aquel visitante extraño y ambiguo, cuya túnica, así como el peinado y los anteojos redondos, eran como los bonzos de Anam. Sin embargo, tenía barba, y su rostro imponente no mostraba las facciones de un asiático.

«Llegó á nuestro lado, subió á bordo y se acercó á saludarme en francés, con cierto acento tímido y poca soltura.

«—Soy un misionero, me dijo, soy de Lorena, pero hace ya más de treinta años que vivo en una aldea de esta comarca, á seis horas del mar. Allí todo el mundo se ha hecho cristiano... Quisiera verme con el comandante de la escuadra para pedirle auxilio. Los infieles de este país nos han amenazado de muerte, y ya se acercan á la aldea. Todos mis fieles van á ser asesinados, sin duda, si no se nos socorre prontamente.

«¡Ay! Desgraciadamente aquel día no podíamos acudir en su auxilio; todos nuestros hombres, con sus armas, habían partido hacia otra región; no teníamos en el buque sino un puñado de marinos para las maniobras más urgentes. ¿Qué podíamos hacer para amparar á los «fieles» de aquel misionero?

«Entre tanto llegó la hora bochornosa del medio día, con ese letargo que embarga la actividad de la vida en aquellas comarcas. La joven se había alejado con la barca en dirección á tierra, y desapareció en lontananza entre las malsanas vegetaciones de la orilla. El misionero quedó con nosotros algo taciturno, naturalmente, pero sin hacer recriminaciones.

«En verdad que el pobre misionero no desplegó mucho ingenio durante el almuerzo á que lo invitamos. Difícil era seguir conversación con ese hombre, acostumbrado por tantos años á sólo el trato con los rudos habitantes de aquellos parajes. Después del café se animó un poco, cuando encendimos nuestros cigarros, y pidió un poco de tabaco para encender una pipa. Según nos dijo, hacía veinte años que no tenía siquiera ese pasatiempo. Después, como había recorrido á pie larguísimo trayecto, le dejamos que reposara un poco.

«Sin duda íbamos á tener semejante huésped á bordo varios meses, hasta el día en que pudiéramos llevarlo á nuestra patria. Confieso que sin el mayor entusiasmo uno de nosotros dijo al sacerdote por orden del comandante:

«—Padre, os hemos preparado un camarote, pues es claro que os tendremos entre nosotros hasta el día en que, levandó anclas y alejándonos de este país, podamos dejaros desembarcar en lugar seguro.

«Pareció no comprender aquello.

«—¡Cómo! exclamó. Yo esperaba la caída del sol para pedirós un favor, el último; que me hagáis conducir en uno de los botes hasta el fondo de la bahía... ¿Podréis, al menos, agregó con cierto sobresalto, dejarme en tierra esta noche?

«—¡En tierra!... Y ¿qué haréis en tierra?

«—Volveré á mi aldea, contestó con sencillez sublime. ¡Ah! no puedo pasar aquí la noche, como lo comprendéis: ¡el ataque á la aldea será esta noche!

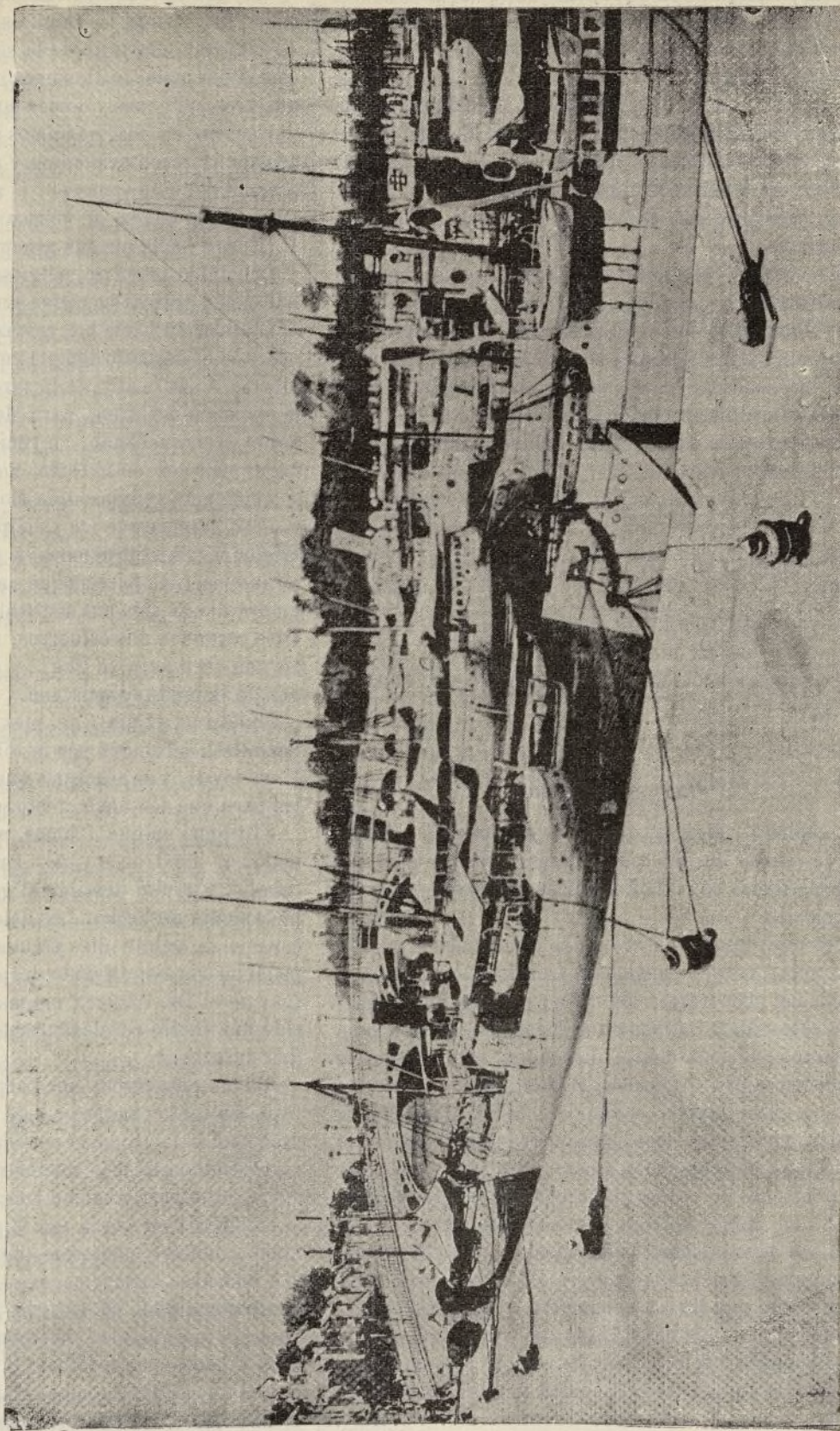
«Y aquel hombre, de aspecto poco distinguido al principio, iba creciendo, ennobleciéndose á cada palabra, y ya le rodeábamos llenos de curiosidad y encanto.

«—Sin embargo, pensad, le observé, que vos seréis acaso el que en el sacrificio tenga la peor parte...

«—Es probable, en verdad, me respondió con la tranquilidad admirable de un mártir antiguo.

«No podía quedarse: diez de sus fieles le esperaban en la playa al ponerse el sol; todos juntos volverían á la aldea amenazada... y después, ¡que se cumpliera la voluntad de Dios!

«Y como todos le pidiéramos y le suplicáramos con instancia que se quedase, pues lo contrario era correr ciegamente á la muerte, á una muerte atroz, como sa-



EL BLOQUEO DE MANILA.—ASPECTO DEL RÍO PASIG

ben darla los chinos, el viejo misionero se indignó con cierta dulzura, y permaneció obstinado, inquebrantable: «Yo los he convertido, ¿cómo queréis que los abandone cuando los persiguen á causa de su fe? Ya son mis hijos, como comprendéis...»

«El oficial que á aquella hora hacía la guardia, mandó preparar, en medio de nuestra emoción, uno de los botes. Se concertó la partida. Todos rodeábamos conmovidos al misionero, y uno por uno le estrechamos la

mano. El, tranquilo siempre, volvió á su silencio, se hizo insignificante como en la hora de su llegada, nos entregó una carta para un pariente suyo de Lorena, y se echó en el bote.

«Y en tanto que la tarde se moría, quedamos por largo tiempo mirando en silencio cómo se alejaba, deslizando silenciosamente sobre el agua tibia y pesada, la sombra de aquel apóstol que con tal sencillez se dirigía al martirio, y á un martirio obscuro, ignorado, sin gloria...

«La semana siguiente levamos anclas, ya no recuerdo en qué rumbo, y luego los acontecimientos nos arrastraron sin tregua, de comarca en comarca. Nunca volvimos á oír hablar de aquel hombre. Confieso ingenuamente que jamás me habría vuelto á acordar de aquello, si Mons. Morel, director de *Las Misiones Católicas*, con una invitación literaria, no hubiera venido á despertar mis recuerdos.

«PEDRO LOTI.»

BOSQUEJO HISTÓRICO

DEL ACTUAL ESTADO DE LAS MISIONES FRANCISCANAS EN EL NORTE DE LA PROVINCIA DE SANTA FE, POR EL PREFECTO APOSTÓLICO DE LAS MISIONES, FR. VICENTE CALONI

XII

Confirmaciones

EL espíritu religioso, que en estas circunstancias se despierta en las poblaciones, procuré avivarlo más y más con administrarles el sacramento de la Confirmación,

En efecto, desde Febrero del 96, comunicaba al Padre Fermín Crovella, misionero franciscano de esa Reducción, me preparara á los niños, para recibir dignamente este santo Sacramento. Asimismo, creyéndome con tiempo suficientemente disponible, esto mismo lo comunicaba al P. Ambrosio Pighin, misionero de mi Orden en San Javier, enviándole el P. José Possi, misionero en Santa Rosa, para que le auxiliara en la instrucción cristiana de la niñez. Esto sería, naturalmente, después de realizada la primera en San Martín.

El 3 del mes citado me encontraba, pues, en mi puesto con ocho misioneros franciscanos para la solemne inauguración del templo. Pero el hombre propone y Dios dispone: una lluvia continua de varios días impidió la llegada de los convidados, y de consiguiente de las poblaciones vecinas, por lo que creí conveniente suspender la anunciada solemnidad para el 10 de Mayo próximo.

Pero no debía faltar una sorpresa: como á las ocho de la mañana recibí la esquila de V. E. diciéndome que desde las cinco de la mañana estaba en la estación, y si algo no resolvía, se volvería para Santa Fe. ¿Qué había sido? las comunicaciones enviadas de la suspensión de la inauguración del templo no habían llegado á su destino, y V. E., queriendo cumplir con este pobre franciscano, había trasnochado en un tren expreso, sin embargo el mal tiempo, para estar pronto al acto religioso.

En esta apremiante circunstancia reuní unos cuantos carruajes, y en pocos minutos nos pusimos al habla con V. E., y sin embargo de la suspensión de la inauguración del templo, lo llevamos entre las aclamaciones de nuestros indígenas y demás pueblo á nuestra Reducción.

Una vez en ella, acudimos al templo para oír la Misa acompañada con armonium y algunas estrofas de canto propias del acto; pues por el momento no se podía más, mientras la banda de música traída expresamente por V. E. nos hacía oír sus armoniosos acordes.

Concluido este acto religioso, servimos al distinguido huésped y selecta comitiva un modesto almuerzo entre la admiración hacia los reverendos Padres Franciscanos, por el hermoso templo construido por ellos á tanta altura. A las cuatro de la tarde estuvimos otra vez en la estación del tren, para despedirle de vuelta para Santa Fe; quedando convenido que para el día 10 estaría otra vez en nuestra compañía, para celebrar el solemne acto religioso que motivó estas líneas.

Pero parecía que Dios no quería dar completa satisfacción á mis aspiraciones, á pesar de que examinando mi interior, me parecía que nada había en él de mundano orgullo, y sólo una natural complacencia en ver que Dios coronaba mis esfuerzos, sacrificios y abnegaciones en una obra para su gloria y de mi Orden, emprendida por un humilde franciscano.

En efecto, el día 7 del mes citado, dije al P. Ignacio Scapillati: «Vamos á ver la toldería de nuestros indios: V. es joven, y es necesario que conozca nuestros trabajos para que les tome afecto.» Aquí me esperaba Dios.

El tilburi en que íbamos, al cruzar un monte atropelló con un tronco y nos tiró al suelo con tilburi y caballo. Fué tan terrible el golpe, que me creía completamente deshecho. Los dolores fueron agudos, y por espacio de veinte días estuve tendido en la cama sin poder moverme: aliviado después por unos medicamentos que el Dr. Alcácea me mandó de Santa Fe. Había sido una fuerte recaladura, tendente á quebrar el cuadril derecho.

Así me preparaba Dios para la bendición del templo, fruto de tantos sudores y de tantas penas, y después de haber hecho todo lo posible para que su inauguración resultara lo más solemne posible; pero la resignación al cristiano, y mucho más al sacerdote, nunca faltó.

Lo único que sentía era la gran multitud de niños y niñas grandes y pequeños que cerca y de lejos vendrían con inmensos sacrificios para confirmarse, y que yo no podía atenderlos. Si, esto me mortificaba y afligía; otra cosa no, porque para las demás atenciones tenía muchos y buenos sacerdotes.

Por fin, el día 9, como á las tres de la tarde, la armonía de los instrumentos y el estruendo atronador de las bombas en el aire, las aclamaciones y los vivas, me decían que el señor Gobernador cumplía con su galante promesa: había sido el señor Ministro de Gobierno que él enviaba para que lo representara en la religiosa ceremonia.

Desde ese momento todo fué alegría en la población, movimiento en sus pequeños centros y en nuestra casa, para que todo resultara debidamente cumplido.

A las ocho del día 10 se dió principio con las bendiciones del templo, autorizada en la persona del Padre

misionero Fr. Celso Ghio, y en seguida la Misa cantada y oficiada por buenos cantores y organista, traídos de nuestro colegio. La aglomeración de gente fué enorme, calculábanse en cuatro ó cinco mil personas.

Pero lo arduo del complemento de la función, era la confirmación que el inmenso gentío pedía; pero ¿cómo satisfacerlo enfermo como estaba? «Le llevaremos á la iglesia,» dijo una voz; las instancias fueron muchas, y tuve que permitirlo. Confirmé en la iglesia unas trescientas personas, y no pudiendo sufrir más, fui llevado de nuevo á mi habitación, desde donde seguí todo el día administrando el expresado Sacramento. De este modo seguí por espacio de trece días, este mi sagrado ministerio, desde el lecho del dolor.

Para solemnizar este acontecimiento había nombrado de antemano una Comisión popular para los festejos públicos, y traído un pirotécnico de Santa Fe para los fuegos artificiales.

La Comisión nombrada, cumplió debidamente con su cometido, embanderando las calles y formando varios arcos triunfales dedicados á las Autoridades constituidas de la provincia y á su comitiva. Los fuegos artificiales también fueron espléndidos en la noche de la función.

Por lo que todo fué debidamente cumplido á satisfacción de la concurrencia y de los convidados. El día 11 marchó de nuevo la distinguida comitiva para Santa Fe, llena de agradecimiento por las atenciones de que había sido objeto de nosotros y de la población.

Sólo yo quedaba atado en cama, sin poder acudir al cumplimiento de mis deberes para con nuestra Reducción de San Javier; pero como esperaba poderme mejorar pronto, según la afirmación del facultativo, entretenía á esa población con una próxima mejora de mis dolencias, y que por consiguiente cuanto antes iría.

Pero como la cosa iba á lo largo, determiné bajarme á nuestro colegio en San Lorenzo para poderme atender, dando por terminados mis trabajos espirituales.

El día 10 de Junio llegué á nuestro colegio de San Carlos, y después de una cura bien dirigida por competente facultativo, el 20 de Junio abandonaba otra vez el colegio, y comunicaba al Padre misionero de nuestra Reducción de San Javier Fr. Ambrosio Pighin, que á fines del mes de Septiembre estaría en aquella Reducción para la confirmación, y que de consiguiente estuviera todo listo y bien preparado.

En este ínterin, bajaba á nuestra Reducción de San Martín y trataba el resto del trabajo para la definitiva conclusión del templo, quedando yo así libre para mi ministerio.

Efectivamente, aunque caminaba todavía con alguna dificultad, á fines del citado mes estaba en mi puesto, acompañado del P. Fermín Crovella. Por espacio de quince días se trabajó con decisión, confirmando, confesando y casando. Respecto del matrimonio, los obstáculos que presenta la ley del matrimonio civil en estas Misiones son insuperables. Hubo día que en número de treinta parejas de indígenas se me presentaban para que bendijera sus ilícitas uniones: para activar esto, rogué y supliqué al juez me los atendiera, indicándole varios modos para apurar el despacho; no hubo cómo: los despachaba cuando quería, á lo sumo uno por día.

Nuestros indios, que miran con horror que un juez los case, cuando se les aconsejaba que fueran á cumplir con la ley del matrimonio civil, contestaban: «¿Cuándo somos animales que necesitamos del certificado del juez de paz para casarnos (1)?»

Extraña es la contestación, no hay duda; pero no hay tampoco duda que una persona á quien se le imponga esa obligación, que ella desconoce en fuerza de su fe y de sus creencias, y bajo los pomposos principios de la libertad de conciencia, no encuentre vocablo bastante benigno para calificarla.

Esta ley disolvente en sí, se hace todavía más perniciosa en manos de las Autoridades que deben desempeñarla. Porque de éstas hay, y muchas, que la esgrimen para obstaculizar el principio religioso; las hay que ni se toman la molestia de registrar este acto solemne de la vida, de donde dependen los intereses más vitales de la sociedad; las hay que dan su declaración de casados para que el sacerdote pueda cumplir con sus obligaciones, sin tener en cuenta por nada el consentimiento de los esposos que han de constituir el lazo conyugal del hogar; las hay que hacen legitimar la unión conyugal por las hijas en ausencia de ellas.

Ahora digo: ¿qué bien moral resulta de esa ley? ó mejor dicho, ¿qué funestas consecuencias no entraña en daño del hogar doméstico y de la sociedad? Es preciso confesarlo; de esa ley nace, como legítimas consecuencias, la indiferencia en el principio religioso; de esta ley, el indiferentismo en el principio civil; es decir, en cumplir ó en no cumplir las leyes que de él emanan, desde el momento que no afectan su conciencia, porque esto pertenece al juicio privado de cada uno, y de la poca ó ninguna formalidad que en ella se observa, concluye uno con decir: «Viviré como mejor me parezca.»

Este proceder difiere muy poco del principio de nuestros indios, cuando dicen: «Nosotros no somos animales para sacar un certificado del juez, para disponer de nuestro ser y de nuestra libertad.» Bajo esta base, al amparo de este principio, ¿formaremos la sociedad bajo sólidas bases? No. La Europa experimenta hace mucho tiempo sus amargos frutos; nosotros no tardaremos mucho tiempo en recogerlos; porque está escrito: *Nisi Dominus custodierit civitatem, in vano laborat qui custodit eam.*

Concluida esta mi misión me apersoné á la colonia La Brava, situada entre San Javier y San Martín, en una lengua de tierra, bañada por el Este con el Saladillo Dulce, y por el Poniente por Saladillo Amargo; verdadero Martín García, en tiempo de grandes lluvias, pues entonces por el Este se forma un extenso bañado de seis leguas de ancho y por el Oeste de una legua de ancho.

Una vez en ella, habilité para celebrar los divinos misterios, y administrar el santo sacramento de la Confirmación, un cómodo salón de una casa particular decentemente dispuesto. Por tres días continuos desempeñé mi ministerio espiritual, con sumo fruto para las almas. No pudiendo proseguir adelante en esta penosa tarea por el precario estado de mi salud, bajé á Santa

(1) Nuestros indios toman esta idea, porque uno para vender un animal necesita el certificado del juez de paz.

Fe para atenderme, y una vez restablecido me marché á dar una visita á las Reducciones más lejanas.

El 18 de Octubre salí de Santa Fe en dirección de nuestra Reducción de San Antonio de Obligado, pasando por nuestra Reducción de San Martín, Reconquista y Colonia Avellaneda. El viaje lo hice sin mucha dificultad, pero la vuelta fué penosa, y con tan mala suerte, que estuve á punto de naufragar varias veces, por los innumerables arroyos y riachos que atraviesan esa zona: todos desbordados por las aguas torrenciales que cayeron en todo el mes citado. Tanto es así, que más de una vez me vi obligado á pasarlos á nado; pero, como Dios quiso, pude llegar sano y salvo á Reconquista.

De ésta bajé á mi colegio, para entenderme personalmente con los Padres sobre algunos asuntos referentes á la buena marcha de la Misión, pasando en seguida á la residencia de la Prefectura.

XIII

Actividad de los Padres misioneros

En mis continuas visitas á las Reducciones, he podido constatar con verdadera satisfacción, que los Padres misioneros no han desmerecido en nada del noble calificativo de apóstoles de la caridad cristiana, y como éste es universal como el principio católico que la engendra, así es su ministerio.

Efectivamente, además de atender á sus respectivas Reducciones, tienen que dispensar los divinos misterios á las colonias vecinas, sino por justicia, por lo menos por evangélica



GRUPO DE CAMPESINOS CUBANOS

caridad: diversamente se verían en completo abandono, lo que constituiría, además de una verdadera decadencia moral en el espíritu religioso de las colonias, un retroceso en ellas; porque el colono que viene á estas tierras, siendo religioso y católico, abandonaría, ó á lo menos no tomaría afecto á aquel suelo que ha de constituir su bienestar material, viendo abandonadas ó descuidadas sus creencias religiosas.

El misionero franciscano, que abandonó su patria, parientes y amigos para ci-

vilizar tribus nómadas de seres racionales, no puede mirar con indiferencia estos peligros del naufragio de la fe, y por esto redobla su energía: olvida por el momento sus obligaciones indígenas, y en alas de la caridad cristiana vuela á socorrer á los pueblos ó colonias vecinas, que carecen de la asistencia de un sacerdote católico.

Estos pueblos ó colonias, excelentísimo señor, son numerosas y diseminadas en una zona de 130 leguas de largo más ó menos. En la costa del río San Javier son las colonias francesa, californiana, alejandra y malabrigo.

Sobre la línea férrea hasta Reconquista, Escalada, Ramayón, Argentina, Calchaquí, Margarita, Vera, Berna: de Reconquista al grado 28 Avellaneda, Abispón, Piazza, Las Garzas, Ocampo, Las Toscas y Florencia; sin contar las diversas poblaciones dispersas entre las costas del Salado y Saladillo, á las que el Padre misionero no puede dejar de visitar de vez en cuando.

Pero no se crea que en este afán de atender á sus obligaciones espirituales hacia los indígenas desatendieran las necesidades materiales de sus respectivas Reducciones, no.

En efecto, mientras yo distraía mi



UNA FAMILIA CUBANA

tiempo en el desempeño de las difíciles obligaciones de mi cargo, el Padre de San Martín, Fr. Fermín Covel-la, reunía entre los vecinos y poblaciones cercanas, los recursos necesarios para levantar un cementerio para que los difuntos tuvieran decente sepultura: como en verdad lo realizó. Este cementerio se compone de 25 metros de frente é ídem de fondo. Componía la plaza de la Reducción cercándola con alambre y postes de ñan-dubay bien labrados.

Igual cosa se hizo en San Javier. Este cementerio se compone de 100 metros de frente é ídem de fondo, con ladrillos escogidos; al mismo tiempo se formó un bazar para embellecimiento del templo, que dió bastan-tes buenos resultados.

En nuestra Reducción de la Purísima Concepción de Reconquista, el P. Antonio Duró reformaba el techo de la casa habitación del Padre misionero y parte del de la iglesia, y blanqueándola ésta por dentro y fuera.

El Padre de la Colonia Avellaneda, Fr. Celso Ghio, reunía todos los materiales y recursos para dar cima con su templo, trayendo de Santa Fe tejas francesas y hierro para las llaves del mismo. Efectivamente, según noticias que tengo, muy pronto presentará al público una perla más de las muchas que honran el humilde sayal de San Francisco de Asís.

CRÓNICA

Roma.—LA SALUD DEL PAPA.—Según declaración del propio doctor Laponi, médico del Padre Santo, es falso de toda false-dad cuanto se viene diciendo de su progresiva pérdida de fuerzas y de sus frecuentes desvanecimientos. Tan falso que, al decir del propio facultativo, el Papa conserva un vigor verdaderamente maravilloso á su edad, así en el espíritu como en el cuerpo.

Robustecen el testimonio del Dr. Laponi las audiencias que León XIII ha continuado concediendo y los paseos dados por los jardines Vaticanos, precisamente cuando la prensa italianísima fingía creerle en peligro de muerte. Otra prueba de que la salud excelente del Papa no ha sufrido alteración en lo que va de ve-rano, está en la ausencia de Roma de casi todos los diplomáticos acreditados cerca de la Santa Sede, y que, parece excusado de-cirlo, resignaríanse á achicharrarse en aquella capital si vieran un Conclave en perspectiva.

—De la cantidad recogida para la redención de esclavos por Su Emma, el Cardenal Ledochowsk, prefecto de la Propaganda, ha distribuido las siguientes:

Al R. P. Losber, prefecto apostólico de la Guinea francesa.	10,000 <i>liras</i> .
Al R. P. Lecomte, prefecto apostólico de la Alta Cimbebasia.	20,000 »
Al Ilmo. Adam, vicario apostólico del Gabón.	30,000 »
Al Ilmo. Allgeyer, vicario apostólico del Zangue-bar Septentrional.	40,000 »
Al M. R. P. Planque.	100,000 »
TOTAL.	200,000 <i>liras</i> .

—Espérase de un momento á otro la llegada á Roma de mon-señor Sogaro, antiguo misionero en el Sudán, que acaba de asis-tir en calidad de consultor teológico al Sínodo celebrado en el Cairo por el Episcopado y el clero de la Iglesia copto-unida.

El ilustre Prelado se ha hecho preceder de una carta suya, en la que comunica las noticias más halagüeñas sobre el Sínodo, uno de cuyos principales resultados es un nuevo empuje dado á las

obras de propsganda católica, encaminadas á la conversión del pueblo copto. Anuncia también esta carta la próxima termina-ción del Seminario patriarcal de Tata, que la Iglesia copta debe á la espléndida generosidad de sus augustos protectores, el Papa León XIII y el emperador de Austria.

Como se ve, el proyecto de unión de las Iglesias, tan acariciado por León XIII, se abre paso así en el Africa como en el Asia.



Filipinas.—Continúa resistiendo Manila, y continuamos sin la menor noticia de los Padres misioneros, que con tan heroico valor abandonaron la sitiada capital para ir entre los tagalos, y ver si consiguen abrir los ojos á esta desgraciada raza que de tal manera ha cegado la infame secta masónica. El grabado de la página 377 da idea exacta del aspecto actual del río Pasig, donde se han refugiado todas las embarcaciones.

En tanto los heroicos Padres misioneros, los que por espacio de cuatro siglos civilizaron y guardaron fiel á España, una raza que para dominarla necesitaba el ilustre general Polavieja 20,000 hombres y 50,000 el jefe del ejército yankee que acaba de inva-dir aquellas islas, en tanto realizan los mismos Padres misione-ros actos tan heroicos como el que antes indico, en nuestra Es-paña, en tiempo de previa censura se ha publicado, con todas las licencias militares y civiles, la siguiente presidiable excitación de un diputado republicano:

«*La lepra frailuna.*—Los frailes son *tiña* nacional, de la cual no hemos podido librarnos, á pesar de las *saludables matanzas* y expulsiones purificadoras. Hacemos votos porque *no quede con vida* ninguno de los causantes de los desastres de Filipinas, ó sea los frailes...»

Muchos comentarios podríamos hacer á estas cortas líneas lle-nas de espíritu sectario que acabamos de copiar, pero contenté-monos con hacer constar muy alta y muy claramente esta verdad desconsoladora, verdad que ella sola explica los males todos que padecemos:

En España á la hora presente, las instituciones, el ejército y la marina son intangibles, lo único indefenso, lo único que cual-quier miserable puede insultar es Dios nuestro Señor, su santa iglesia y sus ministros, entregados por el Gobierno á la fiera re-volucionaria.

—Las Agencias telegráficas, sin escrúpulo alguno, dijeron com-placiendo á las sectas que el arzobispo de Manila Ilmo. Sr. No-zaleda había salido de la capital del Archipiélago en dirección á Sanghay.

Cartas de Manila fechadas en 8 de Junio y recibidas en la Pe-nínsula revelan que el señor Arzobispo está en Manila, de cuya ciudad no piensa, ni ha pensado salir.

La prensa avanzada y librepensadora que se hizo eco de esta calumnia y la adornó con sangrientos comentarios, no ha rectifi-cado ni una noticia ni otra.

Con esta mala fe acostumbran á proceder los enemigos del Ca-tolicismo.



Mesopotamia.—Tres misioneros dominicos, los Rdos. Pa-dres Rhétoré, Mathieu y Gaudroy, que partieron el mes de Abril con dirección á Mossoul, han llegado á esta ciudad después de feliz viaje que describe con los siguientes términos el P. Gaudroy:

«La caravana á caballo de Alep á Diarbekir, pasando por Bi-redjiko duró doce días. Las jornadas eran por término medio de siete horas. Todas las tardes pasadas bajo nuestras tiendas de campaña eran deliciosas. Pasada la hora en que dormimos la siesta, levantábase todos los días un viento fresco que revivía nuestras fuerzas amortecidas por el calor. Cuando el sol hecha ya la mitad de su camino empezaba á bajar buscando esconderse en el fondo del horizonte, estos campos, áridos y desoladores bajo el ardiente sol de medio día, empiezan á cobrar nueva vida. Las pequeñas colinas, los menores repliegues del terreno parecen

elevarse, engrandecerse. Las hierbas producían la ilusión de altos tallos, y los zarzales agigantábanse cual pobladas florestas. Yo he disfrutado con grato placer de la hermosura de la tarde.

«Desde Diarbekir, donde permanecemos del 5 al 9 de Mayo, duró ocho días el descenso del río, acompañándole conmovedores incidentes, que bastarían ellos solos para que muchos novicios anhelaran realizar este viaje.

«Hemos llegado á Mossoul. ¡Qué vida la de esta ciudad! La Misión excede con mucho á la idea que de ella me había formado ¡Es preciso ver y oír los trescientos niños y jóvenes de las escuelas, del colegio y del Seminario, las cuatrocientas niñas que cuidan las Hermanas, y las mujeres cantando el Rosario todas las mañanas durante la celebración del Santo Sacrificio y por la tarde en el Mes de María! Nuestros Padres trabajan con todas sus fuerzas...»



Kiang-Si (China).—En el número 119 de *Las Misiones Católicas*, correspondiente al 1 de Diciembre de 1897, publicamos interesantes detalles de la muerte del Rdo. P. Mazel; gustosos reproducimos hoy en la página 361 el exacto retrato de dicho reverendo Padre, nacido en Bozouis (Aveyron-Francia), y muerto el 1.º de Abril de 1897.—R. I. P.



Nueva Zelanda: Catarata de Russell.—Compónese la Nueva Zelanda de dos grandes islas montuosas, tan extensas como la Gran Bretaña, separadas por el estrecho de Cook, situadas al S. E. de la Australia y con 650,000 habitantes. De clima templado y saludable, su rico suelo cubierto por exuberante vegetación, que sirve de pasto á mucho ganado lanar, encierra minas de carbón, hierro y oro. Los indígenas que pueblan estas islas, de los cuales hemos hablado varias veces en *Las Misiones Católicas*, son conocidos con el nombre de *maoris*; algunos de ellos son católicos: los misioneros van civilizando esta raza y desterrando la salvaje costumbre de alimentarse con carne humana, como aún actualmente hacen no pocos indígenas paganos. Dará al lector clara idea de la sublime grandeza que encierran los paisajes de tan lejanas tierras el grabado que, reproducido de fotografía, publicamos en la pág. 372, que representa la cascada de Russell, imponente catarata que lánzase de inmensa altura, rodeada por digno marco de centenarios árboles, y adornada por los reflejos del sol que por entre hojas y ramas manda sus más puros rayos á jugar con las olas que levantan las fugitivas aguas. La capital de estas islas es Auckland; está situada en la isla septentrional ó del Norte.

VARIEDADES

LA CASUALIDAD Y LA IMAGEN DE LA INMACULADA

MIS creencias, decía el Dr. N., reconocen como base dos únicos poderes gobernadores del mundo: la ciencia y la casualidad.» Pero viendo dicho doctor que la primera frecuentemente se equivoca, acabó por admitir como fundamento de todo, la casualidad; á ella reducía toda su religión y culto.

Una piadosa joven decidió casarse con este pagano moderno, animándole á tomar esta resolución la idea que tenía fija siempre en su inocente alma:

Con la ayuda de Dios, yo lo convertiré.

Cierto, muy cierto es, que Dios ayuda, y que hoy al igual que en los tiempos del apóstol San Pablo, su ayuda hace que la mujer fiel convierta á su marido infiel;

pero ¡cuánto tiempo y con él cuántos trabajos son á veces necesarios para llegar á obtener el propuesto fin. No se acordaba de esto la piadosa joven. Alegre y animosa emprendía la apóstolica tarea, cuyos obstáculos bastaban para hacer retroceder á un intrépido misionero: ¡tanto heroísmo era necesario para sostener una lucha que se prolongaría quizás toda su vida!...

Mucho fiaba ella de la influencia que como esposa ejercería sobre su marido, y más aún en la de sus hijos cuando se los concediera Dios. Veía desfilan ante sus ojos el bautismo del primero, la primera Comunión, todas estas encantadoras fiestas de la familia cristiana, todas las alegrías del doméstico hogar, y sentía tan conmovido su corazón maternal, era tanto el gozo que estas escenas producían en su alma, que llena de entusiasmo y esperanza, acababa por exclamar: ¿Podrán ser indiferentes, podrán no conmover y convertir el corazón del padre y del esposo?...

Vanas fueron todas sus esperanzas... Veía la buena mujer pasar uno tras otro los monótonos años, y á su paso veía emblanquecer sus negros cabellos, inclinar su cuerpo cual si buscase el hoyo que debe servirle de tumba, desaparecer sus fuerzas cual si fastidiadas hubieran de aquel cuerpo que tantos años habían acompañado, y fijóse en la brevedad de la vida, temió la enfermedad que anonada, y vió la huesosa faz de la implacable muerte que llegaba presurosa antes de haber logrado la conversión de su esposo, esa difícil conquista, deseada y pedida siempre con firme esperanza y viva fe.

Estos pensamientos revoloteaban por la cabeza de la buena mujer una hermosa tarde de verano que, cogida del brazo, de su esposo paseaba por los amenos jardines de populosa ciudad. Eran ambos de la misma edad, y citábaselos como matrimonio modelo.

Otros, muy distintos eran los pensamientos que embargaban corazón y cabeza del incrédulo doctor.

—Deber mío es reconocer que la casualidad concedióme, hace ya más de treinta años, el más singular de los beneficios, el beneficio de una mujer buena, exacta cumplidora de su obligación, siempre fiel y siempre amable. Hermanos y amigos repróchanme frecuentemente mi tolerancia con sus devotas manías. Pero qué le vamos hacer: no hay mujer sin defecto, y la mía tiene éste. Cierto es que yo he correspondido muy mal á sus atenciones, que su vida ha sido siempre penosa, pero ella no ha mostrado nunca el menor disgusto. Envejece sin haber disfrutado un día de felicidad... Creo que es deber mío ineludible usar para con ella alguna de las finas atenciones que sin cesar durante largos años me viene prodigando.

Y la esposa seguía meditando.

—Mi marido empieza á inclinar su cuerpo al irresistible peso de los años... su andar es menos seguro... ¡Señor, perdonadme, pues aun no he sabido hacerle volver á Vos! ¡Santísima Virgen, Madre mía, venid, sed Vos mi ayuda!

—María, exclamó el doctor saliendo de su profunda meditación, ahora recuerdo que pasado mañana es el día de tu fiesta onomástica. Deseaba regalarte algo que fuera de tu agrado, pero yo siempre he sido pésimo organizador de agradables sorpresas. ¿Quieres ayudarme á resolver cuál será el mejor regalo?

—Por mi parte poco tengo que pensar para escogerlo, respondió llena de emoción la buena esposa, que no estaba acostumbrada á tanta amabilidad y finura: pasado mañana celebra la Iglesia la hermosa fiesta de la Asunción de la Virgen; pues bien, si quieres hacerme el mejor obsequio, proporcionarme la mayor alegría, acompáñame á la iglesia, y allí á mi lado, junto conmigo, dobla tus rodillas y eleva al cielo ferviente y confiada plegaria.

Sin dejarla terminar, lanzó el doctor una tan fuerte exclamación de desprecio, que los paseantes volvieron admirados y curiosos la cabeza, y la pobre esposa vió deshacerse, desaparecer casi por completo su última esperanza.

—Pedir, suplicar, ¿qué? ¿á quién? gritaba el incrédulo doctor; el azar, la casualidad, sí, ella sola es quien gobierna el mundo.

—Sin embargo, querido esposo, hechos vemos en este mundo en los cuales forzoso es reconocer la mano de la Providencia.

—Yo llamo á todo efectos del azar. Mira si logras demostrarme que una sola súplica por mínima que sea, ha sido escuchada, en seguida me verás á tu lado dobladas las rodillas y dirigiendo fervientes oraciones á tu Dios.

Quedó la mujer silenciosa y con la vista fija en las primeras estrellas, cuyo tenue resplandor empezaba á extenderse por los cielos, luchando con los últimos rayos del ponentino sol.

—¿Qué haces? preguntó bruscamente su esposo.

—Ruego al Señor se digne concederme la prueba que me pides.

Apenas acabadas de pronunciar estas palabras acercósele una mujer pobremente vestida, de pálida y delgada faz, la cual con conmovido acento les dijo:

—Doctor, le suplico perdone mi indiscreción; veo que molesto á V. al igual que á su buena esposa, pero vengo ya de su casa... Quisiera pedirle que hiciese admitir mi pobre esposo en el santo hospital: ya sé que puede V. contestarme, que hace poco me propuso hacerlo y yo lo rehusé, pero también es cierto que ahora se me han agotado todos los recursos y veo cerrados ante mí todos los caminos: ya no me atrevo á ir á buscar las buenas Hermanas, y sola, temblando, he pasado ya varias interminables noches, siempre con el temor de ver morir entre mis manos á mi querido esposo... Echóse á llorar la pobre mujer, y luego continuó: ¡Ay! ¡señora, todos me abandonan! Mi difunta madre, repétíame sin cesar: Cuando la enfermedad ó la miseria visite tu casa, y veas cerrado todo humano camino, no temas, invoca á María, ella vendrá á tu socorro, nunca te abandonará... Yo he rogado mucho, muchísimo... María es mi esperanza.

—Verdaderamente son locas todas las mujeres, murmuró el doctor.

Al siguiente día fué á visitar al enfermo. En la casa del trabajador, cuyo mísero jornal apenas basta para satisfacer las cotidianas necesidades de él y su familia, la enfermedad pasa cual alud devastador, que si perdona la vida roba en cambio los medios con que robustecer las fuerzas que arrebató.

La experta mirada del médico comprendió en el acto

el precario estado de aquella desgraciada familia. Aquel hombre en el hospital podía salvarse: por el contrario, si continuaba en su casa al llegar el tiempo de la convalecencia doblaríase su apetito, y al ir á satisfacerlo hallaría su miserable despensa desprovista por completo aun del más pobre alimento. Vió jugueteando por el suelo varios rapazuelos cuyas pálidas mejillas mostraban la escasez y la miseria; la pobre madre, rendida por el dolor, veíala próxima á enfermar... es decir, presentábase ante la vista del doctor un cuadro el más horrible de enfermedad y pobreza.

Examinó el escaso mobiliario, y en él no halló más que un solo objeto al que calificó de innecesario: era una bonita imagen de la Inmaculada Virgen María, hecha de porcelana dorada y colocada bajo pequeño dosel de boj sin pulimentar. Ningún merito artístico tendría aquella piadosa imagen, pero su manto cubierto de oro, cuyo brillo habían hecho desaparecer los años, era el único punto brillante, el solo rayo de esperanza que disipaba las negras tinieblas de aquella triste realidad. El doctor contemplaba á la imagen con extraña fijeza y creciente atención... De pronto sintió nacer en su corazón un deseo vivo, irresistible de poseer aquella pequeña imagen.

Había la noche anterior observado el médico que su esposa deseaba con vivas ansias socorrer á aquella desgraciada, que profesaba su misma fe; y había observado también que su fisonomía habitualmente serena reflejaba cierta inquietud y tristeza.

—Voy á demostrar á mi mujer, díjose el doctor, que no soy tan malo como parezco: compraré esta imagen, pagándola á muy crecido precio, y se la regalaré el día de su fiesta. El precio á que la pague no se lo diré, pues la caridad oculta, es la que tiene verdadero mérito. Este acto de generosidad y atención, no dudo que la complacerá, y que volverá la paz sin que nunca vuelva á proponerse llevarme á la iglesia como si fuera un inocente niño... ¡Yo el Dr. N., entrar en una iglesia, doblar las rodillas y orar; tendría que ver!!!

Cuantos amigos saludaban al poco rato por la calle al incrédulo doctor, ninguno podía imaginarse que escondida en el bolsillo de su traje, llevase una imagen de la Virgen María.

Cuando llegó á su casa, sacó la imagen del bolsillo, y entregándola á su esposa dijo:

—Aquí te entrego, mi querida María, esta porcelana, que si es cierto no es muy bella, tiene sin embargo una historia que no dudo te ha de gustar. Acéptala como pobre obsequio en el día de tu fiesta.

Cogióla llena de agradecimiento la esposa, cuando de súbito, sin saber cómo, escápase de sus manos la pequeña imagen de la Virgen, y dando contra la madera del suelo, rompióse en mil pedazos la frágil porcelana.

—No sólo tiene historia curiosa é interesante esta imagen de María, dijo la esposa pasadas las primeras exclamaciones que arrancó la admiración y el sentimiento, sino que además de ello era guardadora de estos pergaminos. Mira.

Inclinóse, y entre los pedazos esparcidos por el suelo, recogió un papel que fué desdoblado con cuidado. ¡Cuál no sería su admiración al hallar dentro de él un

billete de mil francos, y escritas en gruesos caracteres y ortografía pésima las siguientes palabras!

«La cantidad aquí guardada, la he economizado secretamente y á costa de las más grandes privaciones. La lego á mi hija Mariana X... Como en la actualidad no tiene la menor necesidad de ella, y como la juventud es generalmente derrochadora, hago depositaria de ella á la Santísima Virgen suplicándole la guarde para restituirla á mi hija cuando la necesite de veras.»

Seguían luego la firma y la fecha; esta última de cinco años anteriores.

—Amigo y esposo mío, dijo la piadosa mujer entregando ambos papeles á su esposo, ¿aún dirás que en el mundo reina sólo la casualidad?

Luchaba el doctor con una emoción invencible, y á pesar suyo veía temblar en su mano la amarillenta hoja de papel.

—La Santísima Virgen, continuaba gravemente la esposa, ha querido que tú mismo, llevado de tu corazón caritativo para los pobres, rebelde para Dios, de tu espíritu vivo para las cosas humanas, muerto para las divinas, de tu mano que cura los males del cuerpo y rechaza las aspiraciones del alma: la Santísima Virgen, repito, ha querido que tú mismo fueses el instrumento del cual se ha valido la Providencia... Esto no es casualidad, es Dios que ha escuchado mi oración.

Y en tanto que el doctor quedaba sumido en profunda meditación, ella iba recogiendo los pedazos de porcelana dorada que quedaban esparcidos por el suelo.

Al amanecer del siguiente día Mariana, la pobre esposa del enfermo, recibió como llovido del cielo el billete de mil francos y el testamento de su madre.

El doctor y su esposa fueron personalmente á llevárselo, y luego llenos de alegría y felicidad aquel día, fiesta de la Asunción de la Virgen, asistieron juntos por primera vez en la vida al santo sacrificio de la Misa.

(Histórico).

(Semaine de Aire).

NECROLOGIA

EL R. P. SOTERO GIL

El virtuoso y ejemplar jesuita Rdo. P. Sotero Gil, ha fallecido víctima de la grave enfermedad que venía padeciendo.

El Rdo. P. Gil, nació el 22 de Abril de 1833 en Villasana, valle de Mena, en la provincia de Madrid.

Desde muy joven mostró deseos de dedicarse á la vida religiosa, deseos que vió cumplidos con tal aprovechamiento, que todos reconocieron en él al teólogo excelente, al sacerdote de profundos conocimientos, los cuales acreditó en muchas ocasiones.

Cuando desempeñaba el cargo de mayordomo del Seminario de Toledo, solicitó el ingreso en la Compañía de Jesús, siendo admitido en ella el 21 de Julio de 1865.

Por orden superior marchó á América y estuvo dando Misiones en distintos puntos de ella por espacio de treinta años.

Muchas fueron las conversiones que hizo el P. Gil entre los que vivían sin conocer la suma verdad y no se cuidaban de la salvación de su alma.

Como prueba de los trabajos evangelizadores de tan ejemplar jesuita baste saber que en siete meses consiguió celebrar 3,000 ma-

trimonios, correspondientes á personas que vivían desordenadamente y en medio del mayor escándalo, y en ese mismo tiempo consiguió bautizar á 22,000 niños que, por irreligioso abandono de sus padres, se encontraban sin haberse purificado de la mancha original.

Fué tal el trabajo que voluntariamente se impuso el Rdo. P. Gil, que no descansaba un momento por atraer hacia el temor de Dios á los que de él vivían alejados, y á tanto llegó su celo y su infatigable constancia que, por atender á aquellos que necesitaban cristiana educación, dejaba hasta de dormir si era preciso, y acudía á cualquier hora y en cualquier ocasión á donde, por razón de su ministerio, era necesaria su presencia.

Nos consta que pasó muchos meses sin dormir en cama, pues á tanto llegaba su virtud que, además de trabajar incansablemente, se imponía esa y otras mayores penitencias.

El corazón del P. Gil se consagró por entero á amar á Dios y al prójimo. Los que tuvieron la suerte de encontrarle en el camino de la vida para que les dirigiera su conciencia, vieron en él al padre cariñoso que velaba por ellos con el más vivo interés; vieron al hermano que les acompañaba en sus penas y tribulaciones; inspirándoles valor para sobrellevarlas; vieron al amigo cariñoso que hacía por ellos cuanto de su parte estaba, aconsejándoles sábiamente para que supieran conducirse con rectitud y prudencia en todas las circunstancias de la vida.

El P. Gil era el prototipo de la bondad; cuando de él se hablaba solía decirse: «¡Es tan bueno, tan cariñoso!» Y otros sin equivocarse, á nuestro juicio, decían: «El P. Gil es un santo»

Un santo, sí, y como tal ha muerto en Uzberuaga (Vizcaya), á donde marchó en busca de algún remedio á su dolencia.

Dios habrá premiado ya los méritos de tan virtuoso hijo de Loyola, otorgándole imperecedera ventura, eterno bienestar.

A todos nuestros amigos rogamos que eleven á Dios una oración por su eterno descanso.

R. P. FR. FELIPE MUGURUZA

Nació el P. Felipe Muguruza en Mendata (Vizcaya), el año 1867. Estudió en el Seminario de Vergara las primeras letras y segunda enseñanza. Tomó el hábito y profesó en el colegio de Ocaña en 1885. Terminó su carrera en el convento de Avila, en donde durante algunos años ejerció el oficio de cantor. Expuesto de confesor, aplicóse con asiduidad al ministerio del confesionario con gran fruto de los fieles, que lloraron su marcha á Valencia en 1896. Allí continuó desplegando incansable su celo con no menos fruto de las almas, hasta que en 1897 salió para Filipinas presidiendo la Misión que con él zarpó de Barcelona. Después de algunos meses de estancia en Manila fué destinado al servicio parroquial, aunque había siempre aspirado á las Misiones de infieles, en donde tiene otro hermano mayor. A la mitad del viaje fué atacado de las calenturas malignas endémicas en el país, y tuvo que detenerse. Un tanto repuesto, continuó su camino; pero llegado á La-lo Cagayán recayó, y dentro de poco murió víctima de su celo el 12 de Marzo de 1898, á pesar de su gran robustez y constitución hereúlea.

Carácter bellísimo, enemigo eterno del ocio, Religioso ejemplar, incansable en el ministerio, amado de Dios y de los hombres, acumuló en pocos años el fruto de una larga vida. Dichoso él, que cargado de méritos voló al cielo, antes de presenciar el horrible cataclismo de que es hoy triste víctima el Archipiélago Filipino.

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

J. S.	3 pesetas.
J. S., de Barcelona.	3 »
P. y C., D. J. P. Pbro.	3 »

(Se continuará).

TIPOGRAFIA CATOLICA, PINO, 5, BARCELONA

libertos, los esclavos, todos con antorchas en la mano, escoltaron los restos de su pariente, amigo, protector y dueño, hasta la cueva cuyos nichos encerraban las cenizas de los cónsules, magistrados y matronas del mismo tronco. El lúgubre sonido de las bocinas ordenaba la marcha del cortejo, y un amigo de Valerio pronunció un discurso que terminó con las palabras de costumbre: ¡ *Adiós!* ¡ *séate la tierra ligera!* Después de lo cual quedó terminado.

Lea fué acompañada á su casa por su tutor Cornelio, que se esforzó en calmarla y consolarla; pero las escenas de los últimos días habían dejado en el espíritu de la jóven una huella tan profunda, que al fin sólo pudo arrancar de ella las siguientes palabras:

—¡ Yo no sabía que fuese tan terrible el morir! Los filósofos me habían persuadido que la muerte no era mas que un tránsito á otra vida, pero he visto con mis propios ojos lo terrible de aquel combate. ¡ Cuánto ha sufrido mi pobre abuelo!

Esto diciendo, Lea se estremecía; y Cornelio la miraba con compasión.

—Hija mía, díjola al fin, pues me asiste el derecho de llamaros con este nombre; no debéis quedaros sola aquí, en esta casa en donde habéis visto morir tan de imprevisto á mi viejo amigo. Aunque soy vuestro tutor, no puedo acogeros en mi casa, porque vivo solo, en una libertad que no conviene á una doncella de vuestra edad y condición. Después de reflexionar sobre este punto, he hablado de él á mi hermana Cornelia, que vive en su magnífica posesión de Tibur con su hija Antonia. Allí seréis bien acogida; en mi hermana, dignísima matrona, hallaréis una protectora, y una amiga en mi sobrina. Permaneceréis en su casa hasta vuestro enlace, y por mi parte administraré vuestros bienes de manera que aumente vuestra dote; en una palabra, no tendréis motivo alguno de queja contra vuestro tutor. ¿ Os conviene mi proyecto?

—Estoy pronta á obedeceros, dijo Lea con sumisión.

—Voy á disponer que vuestros esclavos os preparen la litera, y os escoltaré á caballo hasta Tibur.

La noche había extendido sus sombras, y la luna reflejaba en las aguas su disco plateado, cuando Lea, cansada del viaje, quebrantada por tan repentinas emociones, bajó en el umbral de la casa de Cornelia. Una jóven la recibió en sus brazos, diciendo con afectuoso tono:

—¡ Lea Valeria! ¡ os aguardábamos! Acabáis de llegar á una casa amiga.

—¡ Los dioses me sean propicios! exclamó ella con voz débil; ¡ y también á vosotras mis nobles huéspedes!

—Venid, dijo Antonia; os aguardan la cena, el baño ó la cama. Estáis en vuestra casa; mandad.

VI

TÍBUR

Las primeras semanas que siguieron á la muerte de Valerio las pasó su nieta en un riguroso duelo, que existía en el fondo de su alma tanto ó más que en sus vestidos, pues la memoria de su abuelo constantemente le recordaba rasgos de una bondad constante. Severo con todos, se había mostrado siempre indulgente con su infancia y su debilidad, y el retiro absoluto á que la había reducido, nunca le había sido penoso: el estudio, los placeres inocentes, los trabajos fáciles, le habían hecho amable la soledad; y por esto lloraba amargamente la serenidad de aquellos días, y la pérdida de aquel anciano, único pariente que había conocido, y cuya muerte la dejaba sola en el mundo. Poco á poco, el tiempo y la amistad que le manifestaba Antonia hicieron su obra; Lea fué distrayéndose poco á poco, dió entrada al consuelo, y al fin se serenó del todo su imaginación anublada por los más tristes pensamientos.

Antonia, á quien un poeta hubiera comparado con la riente Talía, era muy jovial y graciosa; Lea, grave y algo pensativa, más semejante á la severa Polimnia, en nada se le asemejaba, y sin embargo las dos se amaban, buscábanse sin cesar, y reciprocamente procuraban estudiarse y comprenderse. Antonia sobre todo no se cansaba de preguntar á su compañera, cuyo candor, talento é inocencia no sabía explicarse.

—¿ Quién te ha instruido de este modo, querida Lea? le preguntó un día.

Estaban sentadas cerca de una cascada que saltando entre las peñas salpicaba con su espuma los piés de las dos jóvenes; y Lea, llena de entusiasmo ante aquel hermoso espectáculo, acababa de recitar una estrofa de Horacio.

—Veo que conoces los versos de todos los poetas, los escritos de todos los prosistas, los acontecimientos de todos los consulados; por mi parte, sólo sé que Roma fué fundada por Rómulo, y que vivimos bajo Constantino, sucesor de no sé cuántos Augustos y Césares, más bárbaros unos que otros.

—Mi abuelo Valerio, quiso que me instruyera en las letras griegas y romanas; á él debo lo poco que sé.

—¿ Y cómo te ha mantenido en tan absoluto retiro? Nunca asistes á los templos, ni al anfiteatro, ni á las casas de tus amigas... ¡ Una cristiana no estaría más rigurosamente guardada!

—Y sin embargo no soy cristiana.

—Así lo veo. Eres devota de los dioses como el que más; haces ofrendas á los lares, ruegas á Minerva y á Vesta, y el otro día hiciste inmolar víctimas á los manes de tu abuelo.

(Se continuará).

Serie de noveletas de sana tendencia moral, y que, á par de honesto recreo y pasatiempo, ofrecen á las familias católicas instrucción y prácticas lecciones de buen gobierno en la vida social de nuestros días. Van ilustradas con profusión de interesantes dibujos. Se han publicado hasta ahora las siguientes: **No más mostrador**, por D. Francisco de P. Capella.—75 céntos, en rústica, y 1.25 ptas. en tela.—**Espera**, por Aurora Lista.—75 céntos, en rústica, y 1.25 ptas. en tela.—**Sin Dios**, por Raquel.—75 céntos, en rústica, y 1.25 ptas. en tela.—**Cadena de oro**, por Aurora Lista.—1.25 ptas. en rústica, y 1.75 en tela.—**La FERIA preciosa**, por Mathilde Bourdón.—75 céntos, en rústica, y 1.25 ptas. en tela.—**La Firma del banquero**, por Aurora Lista.—50 céntos, en rústica, y 1 pta. en tela.—**Anisia ó una virgen-apostol del siglo IV**. Noveleta histórica, traducida y arreglada del francés.—50 céntos, en rústica, y 1 pta. en tela.—**Una madre como hay muchas**, escenas de la vida íntima, por D. Francisco de Paula Capella.—50 céntos, en rústica, y 1 pta. en tela. Dirigirse á D. Miguel Casals, Píno, 5, Barcelona.

BIBLIOTECA DEL HOGAR.

